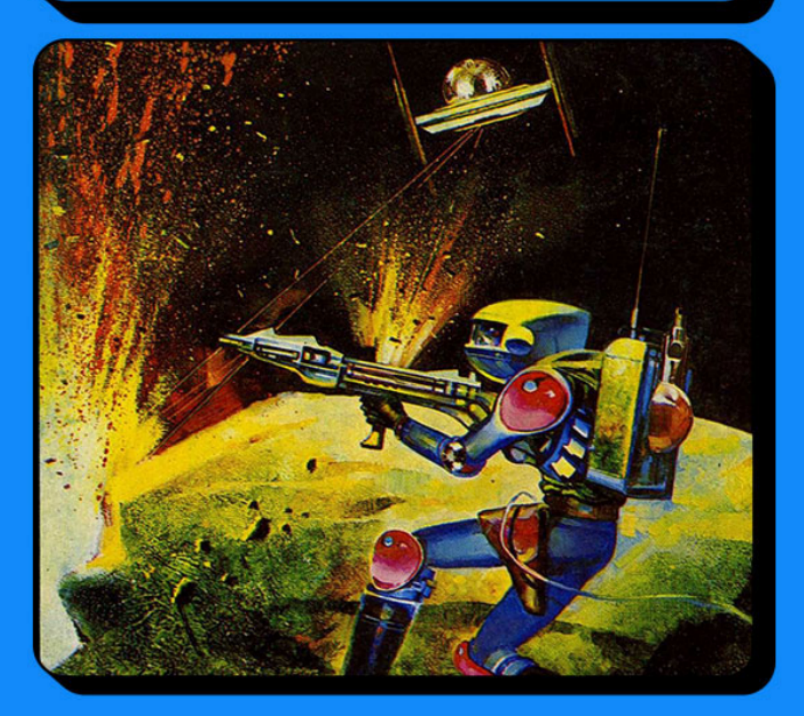
Serie ciencia ficción
GALAXIA 2000

Alex Towers

Cadete del espacio



En el planeta Perfidia sólo había una ciudad donde un hombre podía dar rienda suelta a sus instintos mal reprimidos durante varias semanas de permanecer en el espacio: Ujur, y en Ujur la zona más adecuada era la que yo recorría aquella noche fría. El conjunto de calles del barrio más divertido de Ujur era perfectamente conocido por mí; lo había visitado en otras ocasiones, la última hacía cinco años. Por entonces sólo era teniente, más jóvenes mis ilusiones y casi intacta mi ingenuidad.

Ahora llevaba mi distintivo de capitán debajo del gabán y me sentía irritado a pesar de que intentaba comprender al sargento Horace Blackstone. Aquel hombretón, casi un gigante, me había desobedecido y escapado furtivamente del área. Para Horace suponía demasiado permanecer otra noche más dentro de la nave, esperando la autorización de nuestro jefe de sector para echar una cana en la ciudad.



Alex Towers

Cadete del espacio

Bolsilibros: Galaxia 2000 - 23

ePub r1.0

Titivillus 25.09.2019

Título original: *Cadete del espacio*
Alex Towers, 1985
Diseño de cubierta: Bea - Ag. S.I.

Editor digital: Titivillus
Colaboración especial: Grupo LDS
ePub base r2.1



Alex Towers

Cadete del espacio

Índice de contenido

1

En el planeta Perfidia sólo había una ciudad donde un hombre podía dar rienda suelta a sus instintos mal reprimidos durante varias semanas de permanecer en el espacio: Ujur, y en Ujur la zona más adecuada era la que yo recorría aquella noche fría.

El conjunto de calles del barrio más divertido de Ujur era perfectamente conocido por mí; lo había visitado en otras ocasiones, la última hacía cinco años. Por entonces sólo era teniente, más jóvenes mis ilusiones y casi intacta mi ingenuidad.

Ahora llevaba mi distintivo de capitán debajo del gabán y me sentía irritado a pesar de que intentaba comprender al sargento Horace Blackstone. Aquel hombretón, casi un gigante, me había desobedecido y escapado furtivamente del área. Para Horace suponía demasiado permanecer otra noche más dentro de la nave, esperando la autorización de nuestro jefe de sector para echar una cana en la ciudad.

Como Perfidia continuaba siendo un mundo apartado de nuestra jurisdicción, a pesar de que nos toleraba y permitía que nos avituallláramos en él, sus líderes no consentían ver en sus dominios, excepto en el área perfectamente delimitada, un uniforme como el nuestro.

Así estaba yo aquella noche, recorriendo las calles y visitando todos los tugurios donde me imaginaba podía encontrarse el sargento. Y lo peor era que tenía que darme prisa si quería evitar que Horace se metiera en un conflicto. Aunque mi subordinado aguantaba bien el vino y los licores, todo hombre tiene un límite en su capacidad de resistencia y me estremecía pensando lo que él, Horace, era capaz de hacer con la mente enturbiada por el alcohol, alguna droga a la que no estuviera habituado o exaltado por los encantos de las bellísimas cortesanas de Ujur.

Había visitado varios burdeles, desde los más lujosos hasta los

menos recomendables; echado un fugaz vistazo en las tabernas, sólo fugaz porque la estructura de los aborígenes de Perfidia me permitía saber enseguida si Horace estaba o no entre ellos; mirado con intranquilidad los pestilentes sótanos donde gemían los drogadictos.

Sólo me quedaban por visitar las casas de juego. Horace, después de las mujeres y la bebida, sentía pasión por una partida, de lo que fuera. No necesitaba más que se apostara fuerte. Precisamente el día anterior había recibido parte de su paga y la había ingresado en su tarjeta personal, la cual, si no le habían limpiado ya, debía tenerla con un buen saldo.

La población de Perfidia no era muy tolerante con la gente como yo, pero sí apreciaba su dinero, y mientras éste durase, a un visitante lo miraría con cierta simpatía, que desaparecería al mismo tiempo que su efectivo para cambiarla por un odio hasta entonces oculto.

Yo era consciente de cuánto arriesgaba paseando bajo los cegadores anuncios de los establecimientos, empujando y siendo empujado por la bucólica multitud que llenaba las calles. Las rameras se me ofrecían a cada paso y los efebos me llamaban desde los portales de las casas donde tenían sus cubiles establecidos.

En mi precipitación no tuve la prudencia de dejar mi uniforme y vestirme con ropas corrientes, cosa que afortunadamente sí había hecho el sargento, ya que antes de abandonar la nave no había probado una gota de licor y debía tener la cabeza algo serena. El amplio gabán ocultaba mi condición de oficial extranjero en aquel mundo y disimulaba bastante bien el bulto que hacía mi pistola sujeta a la cintura dentro de su funda.

Entré en dos tugurios donde se jugaba fuerte y apasionadamente. En ambos encontré navegantes de varias razas y nativos que los iban desplumando de manera sistemática. Pero no vi a Horace.

De nuevo en la calle descubrí una casa que brillaba en la fría noche y sus anuncios aseguraban que en ella se jugaba a todo y sin límite, y tenía la desfachatez de jurar en nombre de los dioses nativos que era la más honrada del planeta.

Crucé la calle, eludí el cuerpo de un pequeño ser que estaba tendido sobre un charco de agua sucia. No me entretuve a averiguar si dormía la borrachera o estaba muerto, pero pensé que era un

oriundo de Aisespuir, un gran mundo situado más allá del Borde, y me pregunté cómo había ido a parar a Perfidia.

La pelea entre dos nativos y varios navegantes no me distrajo; estaba demasiado lejos. Sin embargo, sentí compasión por los extranjeros. Los perfidianos, extrañamente, se volvían muy solidarios entre ellos a la hora de enfrentarse a seres que no eran de su raza. Seguramente, los navegantes acabarían aquella noche en un callejón, desangrados.

En la puerta del garito había un par de mercenarios de Langraga, altos como árboles y fuertes como rocas. Estaban armados como para ir a una guerra y me miraron despreocupadamente cuando pasé ante ellos. El dueño del establecimiento debía ganar mucho dinero si se permitía el lujo de contratar como matones a gente así.

Dentro había un ambiente cargado, excesivo calor y mucho humo procedente de cigarros, incienso y drogas. Me sentí un poco mareado y supuse que aquella atmósfera turbadora era la deseada para que los parroquianos perdieran un poco su lucidez y jugaran más estúpidamente de lo que solían hacer por costumbre.

El anuncio del exterior del garito no mentía al asegurar que allí se jugaba a todo. La sala era grande y espaciosa pero no lo parecía porque había seres por todas partes, que incluso se peleaban por arrimarse a una mesa donde echar sus fichas o a una complicada máquina rutilante de luces que ofrecía enormes premios.

Una muchacha sólo vestida con la bandeja llena de vasos de licor que llevaba en sus manos se me interpuso y con una sonrisa me invitó a tomar una copa.

Yo hice la intención de llevarme la mano al bolsillo para sacar una moneda y pagar, pero ella, acentuando su estudiaba sonrisa, me informó que la casa invitaba la primera vez.

Para no desentonar en aquel ambiente la pellizqué en el trasero y la vi alejarse riendo, complacida sin duda.

No quise beber, pero me llevé la copa a los labios y fingí hacerlo. Nada más el olor me turbó. Aquel líquido, pensé, era capaz de corroer una plancha de acero.

Al volverme descubrí a Horace inclinado sobre una mesa. Dejé la copa venenosa en una silla ocupada por una pareja que roncaba y me acerqué donde mi sargento parecía estar muy distraído, jugando

a la ruleta, un sistema de apuesta tan viejo que se perdía en lo más sombrío de la historia de la Humanidad. La gente de Perfidia no poseía ningún juego propio, sino que copiaban los más conocidos de la galaxia.

Horace, con su estatura, sobresalía entre los demás jugadores que se apelotonaban alrededor de la mesa, y sus largos brazos abarcaban el tapete donde caía una auténtica lluvia de fichas cada vez que la bola de marfil empezaba a girar vertiginosamente alrededor del cilindro.

De momento no quise intervenir. Descubrí que Horace había apostado fuerte a la zona del cero, por valor de unos dos mil créditos. El resto de las fichas que no había arriesgado saltaban entre sus manos nerviosas. Mientras la bola iba perdiendo velocidad y uno de los croupiers avisaba que no iba más, vi que quien apostaba grandes fortunas era un tipo gordo que sudaba copiosamente y no apartaba la vista del tapete, en el que había cubierto los huérfanos y el cero.

No me extrañó nada cuando la bola cayó en la casilla del veintiocho. El tipo gordo lanzó un gemido y pareció desinflarse. Dos amigos suyos que le acompañaban se unieron a sus lamentaciones y uno gritó que hacía un buen rato que no salía ninguno de los doce números que, al parecer, cubría una tirada tras otra.

Al trío de apostadores debió agotárseles el dinero y se retiraron de la mesa desolados. Los huecos fueron ocupados con rapidez por nuevos jugadores que arrojaron sus billetes y tarjetas para adquirir fichas.

Horace parecía contento. Había apostado al veintiocho y un crupier le acercaba el premio. Entonces me aproximé a él y le agarré de un brazo.

El sargento me miró y en sus ojos cargados de alcohol hubo sorpresa al verme, pero se esforzó por sonreírme y me mostró el montón de fichas.

—Eh, jefe, voy ganando.

—Estupendo —dije—. Cambia eso y vámonos.

Me miró como un perro apaleado.

—¿Ahora que la suerte me ha sonreído?

Le vi hacer un gesto de desesperación y luego intentar poner nuevas fichas en el tapete, pero mi mano se apretó alrededor de su

brazo y creo que hasta le hice un poco de daño.

—No seas tonto —le susurré—. Has ganado porque a la mesa le interesaba desplumar al gordo y sus amigos. Ahora irán a por ti y te sacarán hasta la última milésima. ¿Es que no te diste cuenta que donde había menos dinero era en el veintiocho?

Volvió a mirarme, ahora con incredulidad.

—¿Es que hay trampas?

—¿Qué te creías? —sonreí.

Me sentía incómodo porque el jefe de mesa me observaba.

—No lo creo, jefe —dijo aquel zoquete meneando la cabeza.

—Haz la prueba, estúpido, echa todas tus fichas y deja un número vacío. Te apuesto lo que pierdas a que saldrá. Ahora eres tú quien tiene más dinero de todos los idiotas que se apretujan alrededor de esta mesa.

El crupier consultó con el jefe de mesa mediante una mirada y éste asintió con la cabeza. La bola empezó a girar cuando Horace colocó todo su dinero a la segunda y tercera docenas y a las filas del cuatro, siete y diez. Sólo dejó de cubrir los tres primeros y el cero. Le dije:

—Maldito tonto, saldrá cualquiera de los cuatro donde no has puesto, precisamente los menos cargados.

Con rapidez retiré las apuestas y las empujé hasta las manos del sorprendido Horace, un segundo antes de que el croupier, mirándome iracundo, anunciara:

—No va más.

Y su compañero gritó casi enseguida:

—Dos, negro, par y falta.

Pálido, Horace llenó sus bolsillos de fichas y yo le sonreí aliviado, tal vez pensando en la cara que hubiera puesto el sargento de no haberme salido con la mía.

Pero el jefe de mesa saltó de su silla, me señaló y dijo:

—Usted retiró la apuesta cuando se gritó que no iba más. Debe devolverla, señor.

—Está loco, amigo —dije sin perder la calma, lo bastante fuerte para que los demás jugadores me oyeran—. Estaba en mi derecho de recoger las fichas porque aún podía, antes de que ese cuervo dijera lo del no va más.

—¡No es cierto! —estalló el jefe de mesa.

—Pregunte a estos caballeros —sonreí señalando a los jugadores. Yo estaba seguro de contar con su ayuda, incluso aunque hubiera cometido la falta de la que me acusaba el jefe de mesa. Un jugador suele ser solidario con otro si es para enfrentarse a la mesa.

Un coro de voces brotó de aquellos hombres y seres y nadie dejó de jurar que yo tenía razón. El jefe de mesa se sintió cohibido y no supo cómo reaccionar. Yo aproveché su titubeo y empujé a Horace hacia la caja, en donde cambiamos rápidamente las fichas, ingresando el dinero en la tarjeta de crédito.

Pero las cosas no iban a terminar tan fácilmente. El jefe de sala había llegado y estaba haciendo señas a un guardaespaldas de Langraga.

—Vamos a tener complicaciones —mascullé.

El sargento parecía menos alto porque tenía encogidos sus hombros. Estaba avergonzado y no se atrevía a mirarme directamente a los ojos.

—Lo siento, capitán.

—¿Todo el tiempo has estado aquí?

La cara de Horace se cubrió de rubor. Aquel gigante tenía el corazón de un niño y la mente también. Me confesó:

—Estuve con una chica, una monada, jefe. Me dijo que aquí se jugaba limpio, el único lugar donde se puede jugar en Ujur…

—Debiste despedirla después de haber estado con ella —gruñí —. Ella quería ganarse una comisión extra, so pedazo de tonto. Ahí viene ese monstruo de Langraga escoltando al jefe de sala.

El jefe de sala era un nativo rechoncho que caminaba dando saltitos con sus cortas piernas, un tipo ridículo que me haría reír si no fuera por las aviesas intenciones que traía consigo y porque le seguía un humanoide bruto y primitivo que no entendía de otra cosa que no fuera matar y golpear, el perfecto guardaespaldas.

Horace y yo nos hicimos los distraídos e intentamos ganar la salida, lo que era algo problemático porque allí había otro par de langragianos, aunque todavía no estaban apercibidos de que nos habíamos convertido en parroquianos poco gratos.

—Señor —me chilló el jefe de sala.

Me volví y le sonreí.

—¿Sí?

—Usted no era el dueño de las apuestas de su amigo, debió

dejarlas. Por lo tanto, si quiere evitarse problemas, le sugiero que entregue ese dinero en caja. Los croupiers me han asegurado que la cantidad asciende a veinte mil créditos.

Aquellos tahúres no estaban dispuestos a perder ni una sola milésima de beneficio, pensé. Veinte mil créditos no era una suma demasiado elevada para ellos, pero quizá su postura tan intransigente se debía a que no querían mostrarse débiles ante los demás clientes. Pregunté a Horace:

—¿Tú deseas devolverles el dinero?

El sargento me miró sorprendidísimo.

—¿Yo? Bueno, creo que…

—Ya le ha oído. Mi amigo no quiere.

El guardaespaldas avanzó un par de pasos y sus manazas fueron bajando hasta las pistolas sónicas que colgaban de sus caderas. En un lugar como aquél no se atrevían a ir armados con láseres, pero un disparo sónico podía dejarnos maltrechos y doloridos por mucho tiempo.

Mi mano acarició la culata de mi láser y despacio reduje su potencia de fuego. Sabía que si abría mi gabán y ellos veían mi traje negro y plata se asombrarían tanto que no serían capaces de reaccionar, y Horace y yo tendríamos tiempo de alcanzar la salida y regresar al área sanos y salvos.

Pero la ostentación de mi rango como oficial del Orden Estelar en un tugurio como aquél no podía ocasionarme sino problemas ante mis superiores.

Así, calculados los pros y los contras, me limité a insinuarle, mostrándole el oscuro cañón de mi arma, que yo estaba dispuesto a no dejarme avasallar por ningún matón y a largarme de allí.

El jefe de sala retrocedió con el susto dibujado en su cara y el guardaespaldas no se atrevió a bajar un centímetro más sus manos.

Pero el humanoide de Langraga se interponía entre nosotros y la salida y el estúpido de Horace no pensó en otra forma de apartarle que dándole un soberbio puñetazo en el cuadrado mentón, quizá para demostrarme que no le temía a un peligroso mercenario como aquél, ni a su fama de sanguinario.

Y entonces empezó todo el jaleo que iba a provocarme tantos disgustos y en mi historial cayese la mancha que todavía sigue pesándome.

2

La estancia en Perfidia de nuestro patrullero, cuya tripulación la formábamos Horace y yo por tratarse de un modelo pequeño y de vigilancia periférica, estaba prevista para una semana. En el área de privilegio del astropuerto de Ujur teníamos que esperar las órdenes de nuestro superior el comandante Bristol, jefe de la UNEX Argasol.

Pero después de tres días sin obtener el permiso, mi sargento se impacientó por divertirse un poco y las cosas terminaron en aquel garito de forma escandalosa y yo no pude evitar que la protesta de los líderes de la ciudad llegara a oídos de Bristol.

Mi comandante no tardó mucho en establecer una línea de comunicación conmigo y su imagen se formó holográficamente delante de mí en la cabina de mando. Horace, que estaba en un rincón, se alejó algo para quedar fuera del campo de visión de Bristol y se encogió cuanto pudo, lo que significa muy poco. Cobardemente, el grandullón me dejaba solo.

Bristol tenía fama de flemático y de no alterarse nunca lo más mínimo. Por todo esto, porque recordaba sus cualidades, me estremecí un poco al verle con el ceño tan fruncido y cara de pocos amigos. Y lo peor era que el comandante no simpatizaba conmigo.

La proyección holográfica de su imagen no era demasiado perfecta, pero bastante buena teniendo en cuenta que la UNEX estaba de Perfidia a unos tres años luz.

Tal vez él no me estuviera viendo mejor que yo le veía. Ojalá fuera así, ya que mi semblante descompuesto no debía ser nada digno.

Me cuadré y le saludé. Esperé.

Bristol, sentado en su sillón de mando, me escrutó de arriba abajo y ladeó su cabeza, dejándola en esta posición mientras pensaba cómo debía empezar la tormenta que pretendía arrojarme.

—Capitán Walaunt Holt —sus primeras palabras pronunciadas

en voz tan baja que casi no las oí fueron un suave prólogo a las tronantes y rugientes que siguieron—: Acabo de leer el comunicado con las quejas de los líderes de Perfidia y todavía no puedo creer que sea cierto el desgraciado suceso que usted ha protagonizado en un sucio garito. ¿Qué tiene que decirme al respecto, capitán?

—Precisamente estaba preparando mi informe, señor —respondí después de soltar un poco de aire. De repente había tomado la decisión de no dejarme avasallar. ¿Por qué no me remitió el permiso para que nos divirtiéramos un poco en la ciudad?

—¿Después de tres días?

—No consideré tan importante lo sucedido como para consumir una cantidad de energía tan grande, señor. Mi patrullero tiene dificultades en el generador K y…

—Pues la gente de Perfidia despilfarró su energía para hacerme llegar sus quejas, y encima me exigen el cobro de su mensaje.

—No había para tanto —intenté sonreír—. No hubo muchos destrozos en aquel antro de tramposos, señor.

El comandante enderezó su cabeza y su mano derecha salió por un momento del campo de visión y regresó con un papel.

—Aquí se me dice que usted y el sargento Blackstone arrasaron a puñetazos un local, ocasionando destrozos por valor de doscientos mil créditos locales.

—Equivalen a menos de diez mil créditos del Orden Estelar, señor —volví a sonreír.

—De todas formas bastante menos de lo que usted cobra inmerecidamente en un año, capitán.

—Gracias, señor. Siempre pensé que mi sueldo era escaso.

—No se haga el gracioso, capitán —el comandante me sorprendió intentando disimular una sonrisa—. ¿Puede contarme rápidamente lo que ocurrió? No puedo creer que dos hombres fueran capaces de vapulear a varios matones.

—Y eran humanoides de Langraga, nada menos —asentí con orgullo.

—No me diga.

—Pues así es, señor. Mire, a mi sargento lo estaban desplumando como a un crío. Yo llegué en el momento justo para impedirlo.

Conté lo que hice y de qué manera me negué a que Horace

cediese a las pretensiones del jefe de sala de devolver el dinero.

—Claro que Horace fue un poco impulsivo, lo admito —añadí mirando de reojo al suboficial—. Pero me hubiera gustado que usted presenciara el puñetazo que derribó aquella montaña de carne que era el langragiano, señor. Claro que enseguida se acercaron los matones de la puerta y, como la cosa se ponía fea, no tuve más remedio que intervenir.

—¿Tanto tardaron en alcanzar la salida y escapar?

—Oh, no. Lo hicimos casi inmediatamente.

—¿Y esos destrozos?

—Es que… Bueno, los dos langragianos de la puerta rodaron por el suelo porque yo disparé mi láser a mínima potencia. Les chamusqué la cresta, y ya sabe usted que para un humanoide de Langraga es su distintivo de clan y machismo, y eso los humilló mucho.

»Es que la gente, los jugadores, aprovecharon la confusión para arramblar con todas las fichas de las mesas que empezaron a rodar por el suelo. Los pobres hicieron bien porque todos fueron esquilmados despiadadamente, se lo aseguro.

—¿Estaban trucadas las mesas?

—Absolutamente todas. Curiosamente salían los números vacíos o lo menos cargados de apuestas. Señor, ¿puedo hacerle una pregunta?

Bristol dudó un momento antes de asentir.

—¿No cree que es muy indicativo que las autoridades de este planeta de sinvergüenzas se hayan molestado tanto en presentar sus quejas?

—Un poco, sí. Dudo que pase una sola noche en la que no ocurra alguna bronca en esos barrios de dudosa reputación de Ujur.

—Está claro. Los gobernantes reciben su parte de las ganancias de todos los antros de vicio de la ciudad.

—De todas formas usted ha puesto en evidencia al Orden Estelar con su comportamiento, capitán. —Bristol meneó la cabeza—. Ya no sé qué hacer con usted.

Permanecí en silencio. Pensaba que lo peor había pasado. Ahora sólo podía esperar la respuesta del comandante, que por supuesto ya tenía decidida. Aquella vacilación suya era mero gesto teatral. Bristol, acariciándose el mentón, dijo:

—Particularmente me haría el sordo ante las protestas de esos tunantes de Perfidia, capitán, pero está por medio la estrategia del Orden en este sector, que como sabe es importante porque al otro lado sospechamos la existencia de un importante número de mundos olvidados que debemos explorar y es vital para nuestras comunicaciones disponer de bases de aprovisionamiento aquí, como en el astropuerto de Ujur.

Mascullé para mí una maldición y seguí aguardando. El comandante se molestaba mucho en dorarme la píldora y empezaba a sospechar que su decisión no iba a satisfacerme. Demonios, ¿todo por haber dado su merecido a unos tramposos? Claro que estaba la cuestión de que el sargento y yo salimos del área sin el correspondiente permiso y eso agravaba el asunto.

—Le destiné al patrullero —siguió el comandante— para no castigarle más severamente por haber provocado aquel incidente en el planeta Progamet.

¿Me entiende, capitán?

Claro que le entendía, asentí con un gesto de cabeza. En Progamet todavía estaría corriendo el tirano por la ciudad buscándome para matarme por la pequeña tontería que hice al dejarme seducir por su apasionada esposa. La gente de ese mundo era muy primitiva y los hombres creían que les iban a salir cuernos en la frente porque cualquiera de sus mujeres les engañara. Raras que son las gentes.

—Me veo en la obligación de apartarle por una temporada de los mundos habitados, al menos de los de este sector —dijo Bristol —. Usted y el sargento se trasladarán hasta nueva orden a la zona de la Regencia.

Casi salté de la silla al oír aquello, y no me pude aguantar y exclamé:

—¡Pero, señor, ahí apenas existen seis planetas donde uno pueda repostar! Civilizadamente me refiero, claro. Los demás mundos están habitados por salvajes que ni siquiera han oído hablar del Orden Estelar.

—Por eso irá allí, capitán —suspiró Bristol—. De esta manera nadie podrá enviarme una nota de protesta por su comportamiento.

Escuché que el sargento gemía tras mis espaldas. Seguro que al pobre le partía el alma saber que iba a aburrirse soberanamente.

Nos pasaríamos semanas o meses sin ver a una chica o encontrar un lugar adecuado para divertirnos. Miré con desprecio al comandante.

—Es duro, señor —dije roncamente.

—Oh, no será durante mucho tiempo. Le llamaré tan pronto como mi UNEX salga de este sector. Supongo que los gobernantes de Perfidia se sentirán satisfechos cuando sepan la clase de castigo que usted ha recibido.

—¿Cuándo debo partir?

—Inmediatamente. Solicite el permiso oportuno del astropuerto. Los nativos verán con alegría su estela en el cielo.

—Como usted diga, señor.

—Ah, capitán. —Bristol dobló el papel que tenía en sus manos y leyó algo en él—. Acabo de recibir un comunicado urgente, precisamente del sector de la Regencia. Un autarca, de los muchos que allí existen, envió un mensaje a esta UNEX hace dos meses. No sé exactamente lo que quiere porque nos llegó muy confuso debido al deficiente sistema de comunicación que deben poseer. Se trata del tirano Trohjo, señor de Wanday en el planeta Byca. Tengo entendido que es muy astuto y a veces colabora con nosotros a cambio de una recompensa. Cuando le vea salúdele de mi parte, pero retire pronto su mano si quiere conservarla con todos los dedos. La gran afición de Trohjo es robar a sus amigos. Figúrese lo que hace con sus enemigos.

—Una misión encantadora, comandante —gruñí.

—¿Qué decía, capitán?

—Que si los seis planetas del sector de la Regencia son como Byca voy a divertirme muchísimo.

—Los hay peores, no lo dude. Voy a cortar la comunicación, capitán. ¿Alguna pregunta?

Yo no la tenía, al menos una pregunta sencillita.

—Entonces —dijo Bristol sonriendo levemente—, todo conforme. Suerte, capitán.

—A sus órdenes, señor —empecé a decir seriamente, pero cuando la holografía empezó a disiparse torcí la boca y formé un gesto insultante hacia mi jefe. Me volví hacia el sargento y le dije—: Ya lo has oído, bestia. Pedazo de animal, tu tontería nos ha metido en un maldito asunto.

Horace salió del rincón y me contempló contrito.

—Pues yo esperaba un castigo mucho peor, jefe.

—Bah no conoces al comandante. Seguro que se puso contentísimo cuando supo que habíamos dado una lección a estos nativos ladrones de Perfidia pero ante ellos tiene que disimular. De todas formas he creído adivinar en sus palabras que no estaremos mucho tiempo en la Regencia porque la UNEX Argasol partirá pronto de esta parte de la galaxia. En realidad quiere que vayamos allí para contentar a un tirano llamado Trohjo.

—¿Has estado alguna en Byca?

—¿Yo? Es la primera vez que oigo ese nombre.

—Yo también.

—Será nuestra primera escala. Si es divertido nos quedaremos allí algunos días, puesto que tenemos permiso de estancia. Si es un sucio agujero en el espacio, nos largaremos después de haber escuchado a Trohjo y darle a cambio unas buenas palabras de amistad de parte del Orden Estelar.

—¿Qué querrá ese Trohjo?

—Adivínalo. Muchos autarcas son zalameros con nosotros porque quieren a cambio algún regalo. A éste le daremos una patada en el culo.

—Ten cuidado. Puedes provocar otro incidente.

—Bah, ningún planeta de la Regencia posee naves estelares, si acaso tienen vehículos planetarios muy remendados.

Me senté ante el comunicador normal, contacté con la torre de control del astropuerto y les grité:

—Eh, pedazos de cerdos, os llamo para deciros que me largo dentro de media hora, y muy contento por abandonar vuestro sucio planeta.

No esperé la rabiosa respuesta del controlador. Cerré la comunicación y me tumbé en el sillón a esperar el momento de mi partida, que naturalmente adelanté en veinte minutos, y la hice tan bruscamente que levanté un pequeño huracán de polvo que dejó blanco todo el edificio administrativo y medio ahogados a sus ocupantes.

Así salí de Perfidia para no volver más.

3

Un vehículo patrullero del Orden Estelar, más conocido por las siglas POR, es una maravilla de la técnica humana. En nuestras academias se dice que hasta el más burro de los oficiales puede manejarlo y pasar ante todos por un consumado piloto. Expuesto esto, es fácil comprender que en mis manos expertísimas un aparato semejante rebasa con creces todos los límites de la sorpresa.

La zona estelar de la Regencia distaba de Perfidia un año y varios meses luz, por lo que el viaje estaba previsto que debía durar seis días como máximo a través del hiperespacio. Sin embargo, yo lo reduje a cuatro días y diez horas, y fui lo bastante modesto como para no hacerlo constar en el libro de bitácora y solicitar que se me reconociese el récord, si es que en alguna parte se molestaba alguien en recoger tales eventos.

Horace y yo nos entreteníamos en nuestras horas libres jugando partidas de póquer, apostando fortunas imaginarias. Al cuarto día, el sargento me debía como unos cien billones de créditos. No continuamos porque el POR salió del hiperespacio y enseguida localizamos el planeta Byca en el rastreador.

—Es una porquería de mundo —gruñó el sargento tras mirarlo en la pantalla, tan grande como una pelota.

A mí no me parecía tan feo. Era un planeta corriente, muy próximos sus parámetros a las normas terrestres.

Su sol amarillo arrancaba de él destellos diamantinos en las zonas heladas.

—Algo frío debe ser —dije un poco triste. Me disgusta ir demasiado abrigado.

—Espero que el licor local tenga bastantes grados —suspiró el sargento—. Por cierto, jefe, ¿en qué zona está el reino de Wanday?

—Siento darte una mala noticia, Horace. Wanday es frío como un témpano. Y lo peor es que sus mujeres no son muy hermosas.

—¿Seguro que tenemos órdenes de bajar ahí, jefe? Lo digo porque podíamos dar media vuelta y dirigirnos a otro mundo de la Regencia. ¿Conoce alguno bueno para esperar en él a que el comandante Bristol nos levante el castigo?

—Lo hay, sí; pero no tenemos más remedio que bajar y saludar a Trohjo.

—Entonces cuanto antes lo hagamos será mejor.

Como sus últimas palabras estaban cargadas de razón, me senté frente al panel de dirección y lo arreglé todo en pocos minutos para que el patrullero bajase hasta el terreno liso y helado que la gente de Wanday llamaba con muy poca vergüenza su astropuerto.

En Byca había multitud de pequeños Estados como el de Wanday, generalmente en pésimas relaciones con sus vecinos, por lo que eran frecuentes los enfrentamientos armados que por suerte y extraño que parezca, no duraban mucho, si acaso algunos días o semanas.

Expliqué a Horace que el mundo menos bestia de la Regencia era Alprey, tal vez el que gozaba de una civilización más avanzada, aunque, como los otros, tampoco disponía de naves estelares. Pero sus vehículos con limitación planetaria eran capaces de rebasar sus propias fronteras y realizar un comercio abundante con otros mundos.

—Después de presentar nuestros respetos a Trohjo iremos a Alprey —prometí al sargento. Mi deseo era que dejase de estar tan triste—. Las ciudades de Alprey son limpias y sus mujeres muy hermosas, fogosas y se encandilan con los extranjeros.

Obviamente yo no conocía nada de esto por mí mismo; me había limitado a leerlo en el ordenador, cuyos bancos de memoria al respecto no eran muy extensos y toda la información, me temía, era muy antigua.

Cuando sobrevolábamos Wanday envié un mensaje de cortesía a Trohjo y le anuncié mi llegada. La respuesta del señor o tirano de aquel país no tardó en llegarme, profusa en palabras halagadoras para mí, el Orden Estelar y la Tierra. Me daba la más efusiva bienvenida y me rogaba que fuese su huésped, con lo que se sentiría el más honrado y feliz de los mortales.

—Parece simpático —comento el sargento cuando leyó el mensaje por encima de mi cabeza.

—¿Trohjo? —sonreí—. No te fíes de él. Bristol me advirtió de que el deporte nacional de Wanday es el robo. Acuérdate de dejar bien cerrado el POR cuando salgamos.

El rayo guía que nos envió el astropuerto era tan débil que lo seguí para no lastimar a los técnicos locales. En realidad no lo necesitaba.

Hice descender el POR en el lugar adecuado, una zona menos agrietada que el resto, en donde me esperaba un comité de bienvenida compuesto por media docena de personajes. Detrás de este grupo ridículamente vestido con trajes deslumbrantes, aparecía un pelotón de la guardia personal del tirano Trohjo, cuya marcialidad dejaba mucho que desear. Un tipo que se identificó como general y que llevaba encima más adornos de los que podía cargar, me tendió la mano y yo no tuve más remedio que estrechársela, y lo aclaro porque se había quitado el guante y la sentí sudorosa y blanda. Un asco, vamos.

—Puede llamarme Millastry, capitán Holt —me susurró al oído mientras pasábamos revista a la tropa—. Estamos muy contentos con su visita. ¿Por qué ha tardado tanto en venir?

Me encogí de hombros y me libre de darle explicaciones porque nos habíamos detenido delante de la bandera de Wanday y la saludamos marcialmente Luego nos encaminamos hasta un coche y entramos. Horace, sin que nadie le invitara rompió el protocolo y se sentó a mi lado, y el muy bruto no encontró mejor ocasión para decirme:

—He cerrado bien el patrullero, jefe, como me advirtió.

—Estúpido —gruñí entre dientes, y miré al general de reojo, temiendo que hubiera escuchado a Horace y comprendido lo que había querido decirme.

Pero Millastry debía ser un poco sordo porque no demostró en absoluto haber escuchado a Horace. No dejaba de sonreírme y me hizo muchas preguntas acerca de la organización y nuestras costumbres. Vamos, que quería saber si éramos tan buenos y eficientes como la fama que nos precedía.

—Mi sueño es salir de la Regencia, señor capitán —sonrió aquel tipo ridículo con embeleso. Me trataba como a un superior a pesar de que en su país me superaba con creces en el rango—. Pero ya debe saber que aquí las comunicaciones son muy deficientes. Yo

tendría que embarcar en una nave de Alprey y luego esperar en ese mundo de truhanes y estafadores a que un carguero del Borde se decidiera a posarse en uno de sus corruptos astropuertos. Deseo ver los plácidos planetas que disfrutan del estandarte del Orden Estelar. Siempre me pregunto por qué no vienen ustedes más a menudo a Byca, y concretamente a Wanday.

Yo me limité a encogerme de hombros, pero de buena gana le hubiera dicho la verdad, esa misma que estuvo picándome en la lengua y que no era otra que nosotros no queríamos tratos con gente como él, que bastantes problemas teníamos ya en la galaxia para aumentarlos sin necesidad.

Y mientras aquel zoquete siguió alabando las cualidades de la organización, me distraje meditando sobre lo que en la actualidad era el Orden Estelar. Ya habían pasado los tiempos de nuestra gran expansión, cuando las unidades exploradoras se esparcieron por todas partes en busca de los mundos olvidados tras la caída del Gran Imperio. Ahora teníamos más de la que podíamos abarcar y estábamos detenidos ante las grandes fronteras de nuestra influencia, tomándonos un descanso, y creo que meditando también si nuestras fuerzas eran suficientes para seguir con la tarea emprendida muchos años atrás, entonces con un entusiasmo que empezaba a faltarnos.

¿Para qué decirle que esa organización de la que tanto hablaba ya no era lo que soñaba? Había llegado el período en que el héroe debe descansar, y yo me temía que se prolongase por mucho tiempo. Habíamos descubierto de pronto que existían demasiados mundos, brutales o teniendo un nivel parecido al nuestro, más allá de lo que creímos siempre que habían sido los límites de ese monstruo que en la Historia se conocía como el Gran Imperio.

Aunque el comandante Bristol me había dicho que el Argasol iba a recibir órdenes en breve para cruzar la frontera y sumergirse en una zona plagada de mundos olvidados, yo lo dudaba. Lo más probable sería que recibiese una comunicación de la Tierra para que iniciase el retorno a una de nuestras bases.

Las palabras del general apenas llegaban a mí si no eran como un sonido incomprensible cuando el vehículo se detuvo y yo miré por el cristal de la cabina para contemplar un edificio pretensioso que adiviné era el palacio de Trohjo.

—Hemos llegado —me anunció el general, saliendo el primero y él mismo sosteniendo la puerta para permitirnos al sargento y a mí que bajáramos.

Otra guardia de honor nos esperaba al pie de la escalinata. ¿O era la misma que vimos en el astropuerto y había corrido para formar ante nosotros?

No me equivoqué, me dije sonriendo al ver la mancha en el trapo que era la bandera patria de Wanday. Aquellos soldados debían haber volado para adelantamos o nuestro vehículo oficial había dado varias vueltas tontas para darles tiempo.

Me resultaba todo tan infantil que no dejé de sonreír comprensivo en ningún momento. Creo que incluso me quité los guantes que me defendían del frío sin temor de que algún nativo me los robara.

—Oh, jefe —exclamó el sargento señalando a un soldado de la guardia que estaba plantado al final de la fila tan firme como un árbol—. Este individuo debe tener un hermano gemelo, y precisamente en la compañía que vimos antes…

Mi codazo en el vientre de Horace le hizo callar a tiempo. Sonreí al general, pero me temo que en aquella ocasión su oído estaba algo despejado y sí captó la intención que puso Horace en su comentario, pues se puso algo colorado y tosió para disimular su turbación.

Pero yo había aprendido a no confiar en nadie, en ningún planeta que no conociera a fondo. Si a primera vista aquella gente era ridícula e infantil, debía estar alerta porque podía ocurrir algo desagradable que hiciera caer de su rostro la careta de la inocencia y mostrarme su verdadera ralea.

Saludé a más gente, supongo que ministros y más militares gordos y bien cebados. Cada uno tenía tantos títulos que era imposible recordarlos todos. Lo que sí me percaté enseguida era que había algunos personajes de lo más refinado, tanto que me irritaron cuando me sonrieron provocativamente. Me figuré que me hacían proposiciones deshonestas con los ojos, utilizando sus miradas sugerentes.

De pronto dejó de parecerme inocente aquella extraña corte. Su capa de intrascendencia no era más gruesa que el espesor de un parpadeo. Existía algo ruin y depravado en ellos que por el momento se esforzaban en ocultarnos.

Con el general a mi altura, un poco atrás el sargento y luego el denso grupo de curiosos y parlanchines personajes y personajillos a nuestras espaldas, nos adentramos en los salones del palacio, oyendo a ambos lados los taconazos de los guardias que se cuadraban. De reojo los observé y ya no me extrañó nada que todos ellos fueran fuertes y apuestos, una cuidada selección, vamos, que debía satisfacer mucho a varios miembros de la variopinta corte.

Cuando una puerta se nos abrió empujada por dos lacayos, todos los demás quedaron al otro lado excepto Millastry, quien dando un ridícula carrerita se adelantó hasta una mesa en uno de cuyos extremos había un hombre sentado, que al vernos se incorporó de un salto.

—El Poderoso Señor de Wanday —anunció el general señalándolo.

—Ah, mis queridos visitantes —exclamó Trohjo abriendo los brazos y corriendo hacia nosotros.

La verdad es que temí que fuera a abrazarme, y mi temor se fundaba en que el Señor de aquel estado, reino o lo que fuera, llevaba una abundante capa de maquillaje, en su relamido rostro. Me asusté pensando que pudiera mancharme.

Por suerte me estrechó la mano, se conformó con esto. Trohjo demostró ser más inteligente que los demás y se las arregló para ignorar la presencia de mi ayudante el sargento, aunque se mostró muy amable con él al permitirle que se sentara detrás de mí.

Nos quedamos mirándonos en silencio, sonriéndome él y yo muy serio. Por mi parte hacía un esfuerzo para convertirme en un embajador de la organización, oficio que me disgustaba mucho ejercer.

—Mi comandante recibió una comunicación y… —comencé diciendo.

—Ya empezaba a temer que no la hubiera recibido, capitán. ¿Le apetece una copa?

Trohjo señaló unas botellas que parecían adornar la mesa, tal era el esmerado trabajo en cristal que pude admirar. Rápidamente negué con la cabeza, antes que Horace aceptase.

Mi negativa no pareció disgustarle mucho, aunque vi que el general se humedecía los labios con la punta de la lengua, como lamentando haber perdido aquella ocasión para beberse unos

tragos.

—Su mensaje llegó muy distorsionado a la UNEX —dije.

—Lamento que nuestros sistemas de comunicación sean tan rudimentarios —suspiró Trohjo—. De todas formas ha sido un placer haber tenido como huésped a uno de los suyos durante estos dos meses.

Perdí mi compostura y fui incapaz de expresar mi asombro de otra manera menos escandalosa que soltando una exclamación y poniendo cara de estúpido.

—¿Uno de los nuestros? —pregunté—. ¿Qué quiere decir?

—Oh, lo que ha oído. Dígame, ¿es que mi comunicado llegó a su comandante tan mal que no se enteraron de que un miembro del Orden vive en mi palacio desde hace más de setenta días?

Moví la cabeza negativamente porque no podía hablar a causa de la sorpresa.

—Qué cosas —se lamentó Trohjo. Era evidente que estaba disgustado y yo no comprendía todavía por qué motivo.

—¿Cómo ha sido?

—Bueno, debió ocurrir una catástrofe en un navío del Orden bastante lejos de la Regencia, pero una de sus naves de salvamento apareció cerca de nuestros límites, afortunadamente.

El general se inclinó sobre mí y, sonriéndome, aclaró:

—Afortunadamente para el náufrago, claro. Una de nuestras naves lo avistó y pudo rescatarlo.

—Entiendo que no se refería al naufragio —murmuré. Me preguntaba insistentemente por qué no me había enterado de que una de nuestras naves se hubiera perdido.

El Argasol no llevaba más de dos meses en su actual posición, pensé. Tal vez por eso el comandante Bristol ignoraba la noticia de la pérdida de una de nuestras naves.

—A pesar de los muchos gastos que nos produjo la operación —dijo Trohjo—, no dudé un solo instante en disponer los escasos medios de Wanday en socorrer a ese desdichado. Durante varios días, mis naves, con el consiguiente consumo de energía, estuvieron rastreando amplios sectores del espacio buscando otros posibles náufragos.

—¿No encontraron más? —pregunté.

—Lamentablemente, no —suspiró Trohjo.

En aquel preciso instante comprendí el motivo del desencanto del tirano de Wanday. Trohjo había dicho en su mensaje a Bristol lo ocurrido y pedido que acudiéramos a buscar a nuestro compañero, y su desilusión fue grande al saber por mí que yo no tenía ni pajolera idea del salvamento, lo que significaba que por el momento mi presencia allí no le reportaría ninguna compensación por los elevados gastos realizados por su país para rescatar al miembro del Orden perdido en el espacio.

—Informaré inmediatamente a mi superior de todo, señor —dije.

Y enseguida vi que su rostro se iluminaba.

—Gracias, señor. El reconocimiento del Orden, que ustedes sepan que aquí tienen a un verdadero amigo es suficiente para mí.

Le comprendí, moví la cabeza asintiendo y dije:

—Estoy seguro de que mi comandante reportará de esto a la Tierra y de allí saldrán las instrucciones para que usted y su gente sean compensados.

Trohjo y Millastry iniciaron una serie de protestas, fingiendo estar ofendidos por recibir algo a cambio del salvamento, pero no insistieron mucho por si yo les tomaba la palabra y zanjaba el asunto diciendo que en tal caso sólo recibirían unas palabras de gratitud.

De todas maneras encontraba extraño el asunto y sentí de pronto unos enormes deseos de conocer a la persona salvada.

—Quisiera verlo, señor —dije.

—¿Eh?

—Digo que tengo deseos de saludar al náufrago.

—¡Por supuesto! —Trohjo saltó de la silla y se dirigió a una puerta que había al fondo del salón.

—Su compañero está encantado con su estancia en nuestro país, capitán —dijo el general.

Recorrimos unas habitaciones y el propio Trohjo nos sirvió de guía para llevarnos hasta una donde en la entrada había un criado. Una vez dentro vi a una persona de espaldas a nosotros que miraba el exterior por una ventana.

El uniforme negro y plata que llevaba recibía la escasa luz de la tarde y empezó a moverse al oírnos entrar. Lo primero que descubrí en el náufrago fueron sus distintivos de coronel en las hombreras y

todo aquello aún se me antojó más extraño.

Pero al ver el rostro del huésped de Trohjo estuve a punto de soltar un juramento y gritar a continuación qué broma era aquélla.

4

Pero me contuve.

No alcé la voz, no. Rápidamente recompuse mi rostro y alejé de él todo rastro de sorpresa. Incluso llegué a sonreír.

A mi lado, el sargento dio un sonoro taconazo y saludó al coronel, y me recordó que yo debía hacer lo mismo si quería evitar dar el espectáculo delante de Trohjo y Millastry.

—Soy el capitán Holt —dije roncamente.

Delante de mí, la cara imberbe del coronel siguió seria, aunque yo creí percibir un ligero destello burlón. Aquel tipejo que vestía nuestro uniforme y cargaba con los distintivos de coronel era menudo y frágil, un muchacho al que yo casi doblaba la edad.

—Coronel Korelle —me dijo a guisa de presentación, y no se le cayó la cara de vergüenza al pronunciar su rango.

No veía el momento de quedarme a solas con él. Mi mente estaba fraguando alguna excusa para alejar de nosotros a Trohjo y al general, incluso a Horace, cuando el tirano de Wanday, dando una palmada, anunció:

—Es hora de llenar nuestros estómagos y refrescar nuestras gargantas. Había preparado un modesto festín para celebrar este feliz reencuentro, que sin duda el honorable Korelle ansiaba, aunque confío en que no era por encontrarse a disgusto entre nosotros.

—De ninguna manera —replicó Korelle dirigiéndose a Trohjo, pero sin apartar sus ojos de mí—. Mi estancia aquí ha sido feliz, pero es comprensible que yo desee volver con los míos.

—Sin duda, señor —asentí—. Me muero de curiosidad por conocer todos los detalles, de dónde venía usted y adónde se dirigía cuando ocurrió el naufragio. ¿Cómo se llamaba la nave?

—Oh, las explicaciones en la sobremesa —rió Trohjo. Nos empujó a todos hacia otra puerta situada en el lado opuesto de la

ventana—. Será una gran fiesta. Me he permitido invitar a mis cortesanos, ministros y generales. A varios de ellos ya los conoce usted porque tuvieron el honor de recibirle, capitán.

Tras la puerta había un corredor y después de éste un salón con varias mesas repletas de comida. A su alrededor nos aguardaban dos docenas de personajes, varios de los cuales, como dijo Trohjo, ya los había visto. Una pequeña legión de camareras se apresuró a servirnos apenas ocupamos las sillas.

Me hicieron sentar entre Trohjo y Korelle. A mí me pareció que el increíble coronel aguantaba la risa con dificultad. El sargento y Millastry quedaron enfrente de nosotros. Horace empezó a comer con avidez y a mirar a las camareras, hasta convencerse de que las mujeres de Wanday, al menos aquéllas, no eran ninguna belleza.

De haber estado el sargento sentado a mi lado seguro que no se hubiera recatado de comentarme que las féminas de Byca le parecían feas, gordas y con pésimo estilo, y yo habría añadido de buena gana que incluso olían mal, hecho que pude comprobar cuando una de ellas, torpemente maquillada, se me acercó para llenarme mi gran copa de plata.

A medida que los comensales se atiborraban de manjares y vino, sobre todo de vino, fueron perdiendo la escasa compostura que hasta entonces habían mantenido. Las risas y las bromas de pésimo gusto crecieron de tono.

No soy ningún timorato y a lo largo de mi vida he visto cosas peores, orgías surgir en lugares donde menos lo esperaba. Si me alarmé entonces fue porque temí que nuestros anfitriones pretendieran incluirnos en sus juegos, a lo que no estaba dispuesto de ninguna manera.

Comí poco y bebí con mesura, siempre atento a que ninguno se sobrepasase con el sargento o el coronel. De vez en cuando hacía señas a Horace para que no apurase su copa, y por una vez mi ayudante tuvo un ramalazo de inteligencia, me comprendió y se contuvo. Respecto a Korelle no tenía que preocuparme. Aquel niñato ni siquiera se humedeció los labios con aquel vino fuerte y áspero.

Al poco rato varios comensales habían dejado de comer y se ocupaban de sobarse mutuamente y besarse descaradamente, mientras otros, los no homosexuales o tal vez porque en aquella

ocasión no les apetecían los de su propio sexo, libraban a las camareras de su trabajo de servirnos la mesa e iniciaban escarceos amorosos que pronto terminaron consumándolos en el suelo, las mesas o las sillas.

El tirano de Wanday no pasó de magrear algún que otro pecho de las opulentas camareras. Aquel día parecía tener mucho apetito y no paraba de comer y beber. Yo había creído, debido a su cuidado y relamido aspecto, que era aficionado a los jovencitos, pero me quedé en la duda porque apenas acarició la mejilla de un brutal general que tenía a su vera.

Y mientras tanto, Korelle no se inmutaba y comía pulcramente, como si nada anormal estuviera sucediendo a su alrededor.

—Una fiesta muy animada —comenté lo bastante fuerte para que Trohjo me oyera.

—En la sobremesa vendrán los bailarines —rió Trohjo—. El cuerpo de baile de palacio es famoso en todo Byca porque cuenta con las mujeres más bellas y los muchachos más hermosos.

Entrecerré los ojos. Así, aquella bacanal no había hecho más que empezar. Me pregunté cómo podía terminar.

Una rolliza camarera se acercó insinuante al sargento y éste la rechazó con cierta violencia. Su gesto arrancó de Korelle una carcajada.

Se descorrió una cortina, apareció detrás una orquesta que apenas lanzó al aire las notas rápidas de una composición, arrancó estruendosos aplausos entre los nativos, aquéllos que no las tenían ocupadas en comer, sostener una copa o acariciar a su compañero o compañera.

A continuación irrumpió el cuerpo de baile, un par de docenas de nativas totalmente desnudas y de bailarines cubiertos sucintamente con un taparrabos. Arreció la música, soplaron más fuerte los músicos y comenzó una danza frenética.

Aquel *ballet* esperpéntico apenas pudo consumar los primeros pasos. Los cortesanos más borrachos se arrojaron sobre los bailarines y varios pretendieron emularlos.

Me levanté y dije:

—Creo que ha llegado el momento de retirarnos, excelencia.

Lo cierto era que no sabía qué título darle a Trohjo, y me hubiera gustado llamarlo en aquel instante bárbaro y salvaje. El

señor de Wanday me miró, parpadeó y se le trabó la lengua un instante. Cuando consiguió aclararse la garganta con un trago de vino, dijo:

—Oh, cuánto lo siento. Ahora iba a empezar lo más divertido —los efectos del vino en su cabeza parecían haberle hecho más osado y añadió—: La verdad es que confiaba en que por una vez nuestro huésped el coronel se decidiera a intervenir activamente en una de nuestras modestas fiestas. Pero en fin…

Se encogió de hombros y sus ojos brillaron cuando su cara compuso un gesto de desdén que dirigió a Korelle.

Agarré al jovenzuelo con uniforme del Orden y lo obligué a incorporarse, al tiempo que hacía una indicación al sargento para que se reuniera con nosotros, cosa que logró tras ciertos esfuerzos, abriéndose paso con dureza entre los bailarines y cortesanos. Había gente por todas partes, rodando por el suelo y bailando grotescamente.

Trohjo gritó a un criado que nos condujera a nuestras habitaciones. Me pareció que lanzó una imprecación en voz baja y comentó algo sobre la escasa disposición de sus huéspedes para relacionarse con los anfitriones.

Respiré desahogadamente cuando me encontré en el pasillo, siguiendo los pasos algo vacilantes del criado, que para no desentonar había bebido también más de la cuenta. Volví la cabeza y me tranquilicé al ver que Korelle y el sargento caminaban detrás.

Me di cuenta de que ya había anochecido y nevaba. El palacio era algo frío y las habitaciones que nos destinaron las encontré poco caldeadas.

El criado se retiró después de lanzar algunos hipidos y nos cerró las cortinas. Miré la habitación. Era una pieza grande que disponía de tres camas. Una puerta situada al fondo conducía a algo que con mucho humor se les podía denominar como cuarto de aseo.

—Esto no me gusta —dije mirando mi alrededor—. Nos vamos de aquí. Prefiero dormir en el patrullero.

Korelle se había sentado en una de las camas, me miró y dijo con sorna:

—Si pretende ofender aún más a Trohjo, adelante, capitán. Váyase a su nave.

—¿Qué quiere decir?

—Ya ha ofendido bastante al tirano largándose de su fiesta. No es usted muy diplomático.

—Lo sé. Soy un capitán del Orden Estelar que está hasta la coronilla de todo.

El sargento entró en el aseo y cerró la puerta. Entonces yo decidí no desperdiciar el primer momento que estaba a solas con Korelle, me planté a él y le dije bramando de indignación:

—¿Quién eres tú?

—¿Lo ha olvidado? Korelle…

—¿Qué haces llevando una guerrera con las insignias de coronel?

Mi interlocutor sonrió.

—Estas insignias —dijo despacio tocándolas con una mano— han sido mi seguro.

—¿Tu seguro?

—Claro, hombre. En la lancha de salvamento viajaba conmigo un auténtico coronel.

—¿Qué fue de él?

—Murió. Ya estaba muy mal cuando logré subirlo, antes de que el navío se rompiese en millones de pedazos. Me fue muy difícil desembarazarme de su cadáver, ¿sabe? Cuando esos bestias de wandayanos me encontraron no dudé en ponerme la guerrera y decirles que era un jefe de la organización.

—¿Era necesario? ¿Para qué engañarlos?

De pronto Korelle se levantó, dejó de sonreírme y su rostro suave se volvió agrio.

—¿Pero es tan ciego que no lo ha visto? Ha podido presenciar cómo es la gente aquí, ¿no? Más bestia no la encontrará en toda la galaxia, con menos moral. Sólo a causa de mi uniforme y rango me he librado de que me violen diariamente.

Parpadeé y me quedé atónito.

Y él, dispuesto a no perder la ventaja, añadió:

—A un cadete como yo lo habrían convertido en su juguete, capitán.

—¿Cómo es posible que se hayan creído que un muchacho como tú puede ser coronel?

—Aquí han oído hablar mucho del Orden y lo temen, pero no saben nada de él, de nuestras costumbres, capitán. Para los nativos

somos gente extraordinaria, superseres. Mire, he aguantado varias semanas, y no quiero detallarle todas las propuestas que me han hecho docenas de cortesanos, aunque desde luego con mucha educación porque me creían un jefe. Si hubieran sabido que ni siquiera soy un miembro con derecho… —Korelle agitó las manos —. Ahora sería un esclavo, propiedad de algún señor de otro Estado. Después de haberles divertido, claro.

—Explícame todo, por favor.

Korelle me contó que la nave se llamaba Ontario y sufrió un mortal accidente.

En ella viajaban treinta y tres cadetes y dos docenas de navegantes, oficiales e instructores, y su destino era precisamente la UNEX Argasol, a la que debían ser transbordados todos los alumnos de la academia para más tarde ser trasladados en un crucero a la base de

Vega-Lira

.

—Yo desconocía vuestra llegada a la UNEX.

Korelle me sonrió comprensivamente.

—Recibimos las instrucciones a mitad del viaje, cuando el Ontario sufrió las averías y los rectores de la academia decidieron en la Tierra que se suspendieran los estudios.

—No es frecuente que una nave sufra tales accidentes…

—Lo cierto es que detectamos esas anomalías desde que partimos, aunque no pensamos que serían tan graves. El último salto que dimos al hiperespacio acabó desestabilizándola.

—¿Qué ocurrió? ¿Por qué aparecieron tan cerca de los mundos de la Regencia?

—Ante la gravedad de la situación, nuestro coronel decidió que atravesáramos un vórtice para llegar cuanto antes al Argasol, pero la deficiencia que padecía el Impulsor K nos dejó desmantelados a mitad de la travesía.

—Creo que debo comunicar inmediatamente al comandante Bristol que su presencia en este sector es urgente.

—Si está pensando en otros supervivientes, olvídelo.

—¿Está seguro de que no hay más?

—Trohjo me ha asegurado que han rastreado bien el espacio. Yo sólo vi que salimos dos lanchas. A la otra pude verla estrellarse

contra un trozo del fuselaje del Ontario. Todo ocurrió demasiado rápido, apenas tuvimos tiempo de movemos tras emerger al espacio normal.

—Lo comprendo —asentí; sacudí la cabeza—. En este caso intentaré llamar mañana al comandante Bristol.

El sargento salió del cuarto de aseo. Se había despojado de parte de su uniforme. Me consultó con la mirada cuál sería su cama y yo le señalé la que estaba más cerca de la puerta, se dirigió a ella y se tumbó pesadamente.

—Estoy molido —resopló—. Creo que dormiré un montón de horas.

—Nos despertaremos temprano, Horace… —empecé a decirle. No seguí. Los ronquidos de Horace me avisaron de que no me escuchaba.

Caminé hasta la puerta y asomé la cabeza al pasillo. El palacio parecía en calma. Si la orgía seguía no escuché nada. Cerré la puerta y la aseguré con el cerrojo. Korelle se había tendido en su cama, sin desnudarse.

—¿No te desvistes? —pregunté mientras me dirigía a mi lecho. De repente me sentía cansado y deseaba dormir.

—En ese maldito palacio la calefacción funciona fatal.

A mí, no me parecía excesivo el frío y me despojé del uniforme. Saqué un cigarro y lo encendí tras preguntarle a Korelle si fumaba. No me extrañó su negativa porque me contempló como diciéndome que no comprendía mi vicio.

—Háblame de la gente de Wanday, Korelle —le pedí.

—Hombres y mujeres son bisexuales, practican el esclavismo y para ellos la vida del prójimo no vale nada. Esto podría resumirlo todo. ¿Tan poco sabía de esta sociedad?

—Bueno, me dijeron que son unos ladrones consumados.

—Ése es uno de sus defectos menores, capitán.

—Sin embargo, contigo se han portado correctamente, ¿no?

—Oh, sí —rió Korelle—. Docenas de ellos, como ya le he dicho, intentaron llevarme a la cama. Me ofrecieron dinero, joyas, lo que yo hubiera querido a cambio, y siempre con amabilidad, eso sí. Si me respetaron fue porque sabían que Trohjo me protegía.

—¿A cambio de un premio?

—Eso es. Trohjo pretende conseguir algunos regalos del Orden.

Capitán, si usted hubiera tardado unos días se habría cansado de mí.

—¿Eso crees?

—Sin duda alguna. Yo he comido durante estas semanas, ¿no? Trohjo debe llevar una cuenta exacta de los gastos que le he ocasionado. Seguro que desde hace unos días miraba la suma y se llevaba las manos a la cabeza. Para recuperar su inversión sólo le quedaba la alternativa de venderme como esclavo.

—¿Se hubiera atrevido a desafiar al Orden?

—Lo habría hecho. Ya tenía algunas ofertas de algunos cortesanos encaprichados de mí.

—Mañana mismo nos largaremos —dije.

—No sabe cuánto me alegro.

—Lo imagino, puedo imaginármelo. Lo siento, Korelle, has debido pasarlo mal.

De reojo vi que me daba la espalda y se tapaba con la manta. Al cabo de un rato creí que dormía e intenté hacer lo mismo. Pero antes estuve pensando en aquel cadete y sentí un poco de lástima por él.

Korelle, sin embargo, había demostrado tener nervios bien templados. Había sabido capear el temporal. Su ardid de hacerse pasar por coronel había sido bueno. Seguro que nuestros superiores no se lo tendrían en cuenta cuando supieran las circunstancias que le rodearon.

Al cabo de un rato empecé a escuchar ruidos que al principio me resultaron extraños, inidentificables; pero presté atención y los achaqué a que la fiesta proseguía. Había carreras por los pasillos, risas y exclamaciones de triunfo cuando algún perseguidor terminaba atrapando a su presa.

Me alegré de haber echado el cerrojo, y después de algunos minutos dormía, aunque de ninguna manera placenteramente.

Nos despertamos cuando los primeros rayos de sol entraron por la ventana y nos bañaron con su cálida luz. El fuego de la chimenea estaba apagado y el frío había aumentado. Salté el primero de la cama y me apresuré a ocupar el cuarto de baño. Viendo la intención de Korelle de ir a él, le dije:

—No me importa compartirlo contigo.

Pero a él sí debía importarle y se quedó en el dormitorio y no

entró hasta que yo salí un rato más tarde. El sargento ya estaba listo porque se limitó a lavarse la cara al tiempo que yo me duchaba y esperaba mis órdenes mientras me ayudaba a ponerme la guerrera.

—¿Qué has visto por ahí? —pregunté.

Horace, apenas nos despertamos, salió del cuarto y anduvo un rato fuera, husmeando.

—Los criados recogen la basura que anoche arrojaron en la fiesta Trohjo y sus cortesanos, jefe. Creo que ha habido más de un herido.

—Lo peor será que no podremos irnos sin despedirnos del tirano. Confío en que despertará pronto de la borrachera.

—Lo más probable es que no se haya ido a la cama. Me crucé con un criado y me dijo que merodeaba por las habitaciones.

—Mucho duró la fiestecita —gruñí.

—Cuando nos retiramos no había hecho más que empezar. Todavía faltaba el número infantil.

—¿Qué quieres decir?

—Después del *ballet* adulto intervino otro compuesto por niños y niñas.

Mientras había estado hablando con el sargento, Korelle se deslizó hasta el cuarto de aseo y escuché que cerraba por dentro. Fruncí el ceño cuando comenté:

—Es un chico algo raro, demasiado aferrado a su intimidad.

Entonces el sargento me contempló con una gran sorpresa reflejada en su rostro granítico.

—¿Qué pasa? —inquirí.

—Nada, nada —replicó tras encogerse de hombros, como si un asunto desconocido para mí hubiera dejado de interesarle de pronto.

No teníamos ningún equipaje y maldije en silencio a Korelle porque se demoraba demasiado. Al fin salió, el muy idiota frotándose sus insignias de coronel.

Se plantó frente a mí y me dijo con toda la desfachatez:

—Imagino que hasta que estemos lejos de este planeta deberé seguir fingiendo que soy su superior y quien da las órdenes, ¿no es así, capitán?

Contemplé la frágil figura de Korelle y me irrité más descubriendo en sus ojos grandes un destello de burla. Tenía la

gorra muy encasquetada y bajo la luz del sol se me antojó su rostro demasiado suave y delicado. ¿De dónde podía ser aquel niñato que había logrado entrar en una academia del Orden? No me lo imaginaba como oficial entre rudos soldados y patrullando las vastas fronteras que nos separaban de los espacios aún no incorporados a nuestra organización.

—Confío en que no cometas un desliz —dije al cabo de un instante de silencio.

—He tenido a mi disposición muchas semanas para practicar, señor. Pienso que sé comportarme como un jefe.

—¿Lo crees de veras?

—Claro que sí. Por de pronto usted deberá caminar siempre un paso detrás de mí, señor, y tratarme con el debido respeto delante de los nativos.

—No sabes cuánto me alegro pensando que antes de una hora estaremos en el espacio —sonreí de manera que era una amenaza velada. Particularmente no veía el momento en que podía propinarle un puñetazo sin ningún testigo.

Korelle tenía la extraña cualidad de despertar en mí unos sentimientos que entonces creía como paternales y en otros momentos me enfurecía hasta tal extremo que deseaba patearlo. Para no demostrarle lo grande que era mi rabia me limité a sonreír y a dejarle salir el primero, exagerando mis gestos de subordinación.

El sargento se agachó y me preguntó al oído:

—¿Yo también tengo que llamarle coronel a Korelle?

—Sí, maldita sea —mascullé en voz baja—. Pero no después que estemos en el POR. No te pases, Horace. ¿Vale?

Por los corredores del palacio nos cruzamos con los criados que se afanaban en dejar limpio los suelos, recogiendo los restos de vómitos.

Antes de que bajáramos a la primera planta nos encontramos con el general Millastry. El pobre tenía un aspecto lamentable, sin maquillar y su flamante uniforme hecho un desastre, manchado de vino y arrugado.

Se sorprendió un poco al vernos.

—Nos vamos —dije—. El coronel está deseando reincorporarse a su destino.

Sin dejarme decir más, Millastry pidió a gritos la presencia de un sirviente y le ordenó, apenas apareció agarrando una escoba, que llamase a su Serenidad Trohjo.

—Mi amo está cambiándose de ropas y no tardará. Ninguno de nosotros suponía que ustedes se marcharan tan pronto. Hay previstos otros festejos…

Yo iba a responder, pero Korelle me hizo retroceder poniendo una mano sobre mi pecho y dijo:

—Con la muestra de anoche hemos tenido suficiente, general. Las atenciones de su amo Trohjo hacia nosotros han sido excesivas. Inmerecidas, diría yo. Nos sentimos abrumados con tanta amabilidad y no vemos el momento en que estemos ante nuestros superiores para informar de que en Wanday del planeta Byca tenemos unos amigos que deben ser recompensados debidamente.

Me quedé un poco perplejo ante la elocuencia de Korelle. No, no era ningún tonto. Debía de ser listo, y lo había demostrado sabiendo guardar su integridad física durante tantos días en medio de gente tan bárbara.

De vez en cuando los criados encontraban a un cortesano o aún militar debajo de un mueble o tras unas cortinas y se lo llevaban entre dos o cuatro a sus habitaciones privadas para que durmiese tranquilo la mona.

Trohjo apareció corriendo, varios criados tras sus pasos con la intención de acabar de vestirlo. El tirano tenía unas ojeras muy profundas y mostró su consternación ante nuestra marcha. Intentó hacernos desistir, quería que permaneciéramos en su palacio algunos días y empezó a enumeramos los festejos que nos tenía preparados. Pero ante nuestra actitud decidida terminó resignándose y reclamó la presencia de su chambelán para que dispusiera la comitiva que debía acompañamos al astropuerto.

Ni siquiera las argucias de Korelle abreviaron el momento de nuestra marcha. Pasó una hora antes de que todo estuviera dispuesto. En el exterior nos aguardaban varios vehículos. El más grande, el de Trohjo, fue ocupado por él, el general y nosotros tres. En los demás cupieron como una docena de sus cortesanos que se habían recuperado bastante bien de la orgía y no describían demasiadas eses al caminar. Tampoco vomitaban más porque no tenían nada que arrojar fuera de sus estómagos vapuleados.

Durante el camino, Trohjo intentó sonsacarnos, averiguar cuáles iban a ser los regalos que iba a recibir del Orden por su buen comportamiento con el coronel.

Korelle salvó la situación hablando mucho sin concretar nada. Yo acabé preguntándome si aquel chico no sería una lumbrera como diplomático en vez de oficial. Tal vez se había equivocado de carrera y su vocación era la de ser embajador.

Ya era mediodía cuando avistamos el astropuerto. Estábamos cruzando la entrada bien protegida por muchos soldados cuando escuché el rugido que descendía del cielo y se precipitaba sobre nosotros.

El conductor de nuestro vehículo se puso nervioso y se salió de la carretera. Estuvo a punto de atropellar a varios soldados, pero no evitó arramblar con la barrera de madera y arrancar una esquina del barracón de la guardia. Luego frenó bruscamente a pocos metros de la base de una torre de metal y saltó fuera de la cabina, echando a correr por el campo a la vez que el aire se llenaba de aullidos metálicos que arrojaban las sirenas.

—¿Qué ocurre? —pregunté, asombrado.

La pregunta se la había hecho a Trohjo. El tirano de Wanday y el general Millastry, como no tenían maquillaje aquella mañana, ofrecían perfectamente su cadavérica palidez a nuestros ojos.

—¡Un ataque! —gritó Trohjo. Abrió la puerta y se arrojó fuera, rodó por el suelo varios metros y buscó refugio detrás de unos arbustos.

El valiente general Millastry no tardó en imitarle y se reunió con él, porfiando los dos a ver quién era el que mantenía la cabeza más pegada al suelo.

—Ha hablado de un ataque —recordó el sargento.

Los soldados corrían a esconderse y en todo el astropuerto había confusión. En el cielo continuaba el rugido y yo miré hacia arriba.

A través del cristal del techo del vehículo descubrí un pequeño punto rojo que creía de tamaño a medida que descendía sobre el astropuerto. Desde el suelo empezaron a dispararle las baterías.

—¿Qué esperamos para salir? —exclamó Korelle, pasando por delante de mí.

Hice lo que él y me quedé plantado a pocos metros del vehículo, siguiendo con la mirada la trayectoria de la nave roja que picaba

sobre la zona de aparcamiento del astropuerto, burlándose de las estelas de los cohetes que partían de la superficie.

—No sabía que este país estuviera en guerra —dije. Miré a Korelle—. ¿Lo está?

Korelle se encogió de hombros.

—Al menos no lo estaba ayer, señor. Pero de esta gente puede esperarse todo. Tienen la fea costumbre de no declararse formalmente sus guerras.

El navío de fuselaje rojo soltó algunos objetos que vertiginosamente se precipitaron hacia tierra. Unos segundos después, afortunadamente a más de un kilómetro de distancia de donde nos encontrábamos, se levantó una cadena de explosiones.

Tres cazas de Wanday que intentaban despegar no fueron alcanzados cuando rodaban por la pista. Pero más allá de ésta se elevaron grandes columnas de fuego y humo, indicando que otros objetivos habían sido gravemente dañados.

El navío agresor realizó otras dos pasadas, soltó más proyectiles y se largó hacia el Norte, perdiéndose entre las nubes altas.

—Al menos no estábamos cerca de su zona de ataque —dije.

—Pues si llegamos un poco antes nos fríe, jefe —dijo Horace.

Me volví para mirar a Trohjo, que en aquel momento se atrevía a levantar la cabeza.

—Agradezcamos a nuestro anfitrión la demora —caminé hacia el tirano y no oculté una risa divertida al verle tan desaliñado y asustado—. Excelencia, ¿quién ha sido el atacante?

Trohjo se aseguró que el ataque había concluido antes de salir de su escondite. Pero antes propinó un puntapié a su general y lo llamó cobarde y otras lindezas. Entonces se revolvió con una furia enorme, pataleó, insultó y me explicó entre gruñidos.

—¡Sin duda alguna han sido mis malditos vecinos de Fuernue!

—¿Por qué razón? —preguntó Korelle en su papel de jefe del grupo.

Fuera de sí, Trohjo nos explicó sin dejar de pasear furioso:

—¡Tienen espías en mi palacio, estoy rodeado de espías! Seguro que alguno informó a Mujande de Fuernue de su presencia en mi país, señores, y ese perro, muerto de envidia, ha pretendido desprestigiarme con este ataque traicionero.

Miré hacia atrás. En la zona seguían los incendios y a ella acudía

los bomberos a toda prisa. Me pregunté si en medio de tanta confusión serían capaces de sofocar el fuego. De pronto me puse tan pálido como el autarca de Wanday.

—¡Demonios! —grité—. ¡Nuestro patrullero ha podido ser dañado!

Se me quitaron las ganas de reírme a costa de aquella situación que me parecía tan ridícula.

Al atardecer, cuando el fuego cesó por consumación de los elementos ígneos y no por la labor de los bomberos, pudimos acercarnos al área afectada y comprobé que mi patrullero era una bola de metal derretido.

—Diría que su objetivo principal era el POR —gemí.

—Ya le he dicho que todo ha sido una jugada de Mujande —dijo el autarca—. ¿Qué dirán ahora de mí sus superiores, coronel? —Preguntó mirando implorante a Korelle—. Mi prestigio por los suelos, mi honor manchado… ¡Pero esto no quedará así! ¡Arrasaré Fuernue y a todos sus inmorales habitantes! No va a ser una guerra de dos días, sino de aniquilación.

—¡Cálmese, Trohjo! —gritó Korelle. No habrá represalia alguna mientras permanezcamos en Wanday.

Me quedé nervioso y con los ojos entrecerrados. Aquel imprudente… ¿Es que Korelle se había vuelto loco? Sin embargo, al mirar al señor de Wanday me extrañé al descubrirlo con la boca abierta y tanto o más sorprendido que yo.

—Ejem, coronel —intervine—, creo que no deberíamos inmiscuirnos en asuntos ajenos.

—¡Este asunto es de nuestra incumbencia desde el momento en que una propiedad del Orden ha sido dañada! —exclamó aquel idiota hinchando el pecho.

—¿Dañada? Más bien diría que ha sido desintegrada. La reparación sería difícil, ¿no?

—Déjese de bromas —¡incluso me reñía delante de todos! Korelle debía estar afectado por el solo el ruido de las explosiones, pensé, y se había vuelto majareta de repente. ¿Es que se había creído que de verdad era un coronel?

—Exijo mi derecho de reparar mi prestigio, coronel —dijo Trohjo—. Su nave estaba bajo la protección de mi pabellón.

Korelle caminó unos pasos hasta situarse muy cerca del autarca,

lo miró de arriba abajo y le dijo como si hablara a un niño revoltoso:

—Mire, Señor de Wanday, el asunto hay que mirarlo desde otro punto de vista, más civilizado. Pienso que no ha habido intención por parte de Fuernue de causar daño a una nave del Orden Estelar, si es que el ataque ha procedido de ese país vecino al suyo.

—Señor, ¿es qué no ha visto el bombardeo? —pregunté con calma, temiendo perderla.

—No soy ciego, capitán —me replicó airadamente Korelle.

Hubiera querido decirle que no era ciego, pero sí un osado. Me columpié suavemente sobre las puntas de mis botas y esperé. Tenía curiosidad por saber hasta dónde era capaz de llegar Korelle con sus estupideces.

Observé, no obstante, que Trohjo parecía muy interesado, más que yo incluso, por conocer la opinión del coronel.

Y el chico, alzando su mentón, dijo:

—Demos por descontado que el ataque lo ha realizado una nave de Fuernue. Entonces pidamos explicaciones a su autarca. El señor Mujande tendrá que darle a usted una adecuada satisfacción, Trohjo. Y, por supuesto, al Orden Estelar. Estoy seguro de que cuando sepa que ha afectado a una unidad de la organización temerá lo peor y no dudará un instante en pedir disculpas.

—¿Y eso cómo piensa conseguirlo? —preguntó Trohjo, que podía ser un bestia, pero no tenía un pelo de tonto a pesar de su disfraz ridículo y afeminado.

—Sencillamente presentándome ante Mujande.

—¿De qué manera? —intervine—. ¿Volando en una nave que nos preste Wanday y llevando colgada a su cola una bandera blanca?

—¿Por qué no? Pero antes llamaremos a la UNEX del comandante Bristol. La sola presencia de su nave de guerra meterá en cintura a quien intente iniciar una guerra.

—Coronel, se ha olvidado de que los medios de comunicación de Wanday no son tan potentes como para que el comandante reciba nuestro mensaje —expliqué calmosamente.

—Pero los seres de Alprey sí tienen los medios —sonrió Korelle—. Ellos suelen venir a Wanday cada ciertos días, ¿no? Según mis cálculos, aterrizarán mañana.

Sinceramente me hubiera gustado que él tuviera razón, pero sentí cierta satisfacción al echar por tierra sus proyectos.

—¿Después de que hayan detectado que aquí se han liado a tiros, señor? Los alpreyanos darán media vuelta apenas sepan que ha habido un ataque. Ellos son comerciantes, muy prudentes por cierto, no guerreros. Durante mucho tiempo no se acercarán a esta parte de Byca.

—Eso lo veremos —replicó Korelle ante mi sorpresa, nada asustado por mis deducciones llenas de pesimismo.

5

A pesar de lo aparatoso que pareció resultar el fulminante ataque de la nave supuestamente de Fuernue, sólo había heridos, la mayoría con quemaduras de no mucha consideración, casi todos ellos bomberos por extraño que parezca. La verdad es que yo no me explicaba cómo habían sido dañados si apenas intervinieron mientras el fuego estaba en su apogeo.

Regresamos al palacio y tuvimos que soportar la cólera de Trohjo, quien pese a mostrarse de acuerdo con los extraños planes de Korelle, no paraba de lanzar amenazas contra sus vecinos del Norte, jurando por sus antepasados que se vengaría sobradamente.

Para Trohjo, llegué a esta conclusión, suponía una válvula de escape detallarnos cómo iba a destruir a sus seculares enemigos si Korelle no sacaba adelante sus planes reivindicativos. Por ejemplo, proyectaba lanzar sus falanges más aguerridas tras un mortal ataque de sus fuerzas aéreas, que según él estaban compuestas por centenares de vehículos acorazados, los mejores de todo el planeta.

Korelle, apenas entramos en el palacio, me aclaró que Trohjo no había dicho más que baladronadas sin fundamento, pues estaba seguro de que sus fuerzas armadas no contaban ni con la décima parte de las unidades que había descrito.

—Los suministros bélicos los obtienen de Alprey —añadió antes de que entráramos en las habitaciones que en el palacio se reservaba el tirano para su uso personal.

—¿Son comerciantes en armas? ¿Las fabrican?

—No lo creo. Lo más probable es que las importan de otros mundos del Borde. Pero ningún país de Byca es lo bastante rico como para armarse hasta el extremo de convertirse en una seria amenaza para sus vecinos. Además, sospecho que a los alpreyanos no les interesa que ninguno logre una supremacía ostensible.

—Entiendo —asentí—. Para ellos es más rentable repartir

equitativamente las armas para que con las miniguerras entre los países se vayan destruyendo o deteriorando, ¿no?

—Más o menos —sonrió Korelle.

Menudo crío, gruñí entrando en una habitación lujosamente decorada. Korelle era un demonio. Desde aquel momento decidí no calificarlo como ningún tonto, aunque sí como un imprudente. En la primera ocasión que tuviera le retorcería las orejas.

Sólo entró con nosotros el general Millastry, que se apresuró a llenarse una copa de licor para quitarse el resto del susto que almacenaba su tembloroso cuerpo. Los demás cortesanos se fueron desperdigando por las otras dependencias del palacio a medida que nos dirigíamos a aquella ala que ocupaba el amo de Wanday.

Trohjo nos mostró uno de sus muchos tesoros que ocultaba en aquel cuarto. Era un hermoso transmisor, muy moderno, pero de corto alcance. En realidad, casi un juguete. Se trataba del trasto que necesitaba Korelle.

—Estupendo —dijo el coronel—. Con esto podré verle la cara al alpreyano. Así sabré si me miente o no. Si la nave de los mercaderes tiene prevista su llegada mañana quiere decir que ahora está al alcance de este aparato, a unos quinientos mil kilómetros de Byca.

—¿Vas a llamarlo ahora? —pregunte. Enseguida me di cuenta que había tuteado a mi coronel. Korelle quiso fulminarme con la mirada.

Pero Trohjo parloteaba con Millastry y no se dio cuenta de mi fallo.

—Claro que sí. Las noticias se propagan rápidas en Byca. Quiero retenerlos antes de que opten por dar media vuelta y regresen a su mundo hasta que las aguas de amansen.

Korelle se sentó ante el aparato y estuvo mirando los mandos en busca de la sintonía adecuada. No confiaba mucho en los datos que le habían proporcionado en el astropuerto acerca de la posición de la nave alpreyana. No, los técnicos de Wanday no eran nada eficaces. Korelle tardó más de dos horas en contactar.

Resopló cuando la imagen holográfica se tornó en el cubo que tenía delante, apareciendo el busto de un sujeto de tez morena y nariz aguileña, muy afilada. Miró a Korelle y parpadeó ligeramente. Fue su única demostración de que se había sorprendido al ver el uniforme negro y plata.

—Identifíquese, por favor —pidió Korelle.

El otro sonrió casi de oreja a oreja.

—¿Por qué no lo hace usted?

—Soy el coronel Korelle del Orden Estelar en visita de cortesía a Wanday —replicó el chico.

—Ignoraba que hubiera por aquí alguna UNEX… —sonrió todavía el alpreyano—. Está bien. Me llamo Ojorey y soy el dueño del carguero Megifa de matrícula clase A de Alprey. Me han comunicado que ha estado usted mucho rato arañando nuestra onda. ¿Es cierto?

Me pregunté cómo iba a arreglárselas Korelle con Ojorey. Se veía enseguida que era un lince. No podía ser de otra manera, siendo un tipo acostumbrado a chalanear, traficar y a engañar a quien fuera.

—Así es, señor Ojorey. Sabía que usted se dirigía a Wanday.

—Ya no. Hace un rato mi agente local me informó de que corren malos vientos por esas tierras. Estaba a punto de ordenar el regreso cuando su insistencia en las llamadas hizo que se me avivara la curiosidad. ¿Qué desea decirme?

—Si ya sabe lo que ha pasado en el astropuerto de Wanday conocerá que mi nave ha sufrido averías de consideración, entre ellas mi transmisor láser.

Aquel tipo no debía saber gracias a su agente local todo, por ejemplo que las averías en nuestro patrullero eran tan grandes que ni los chatarreros de la ciudad lo querían.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —pidió.

—Por supuesto.

—No sé mucho acerca del Orden y su régimen interno, pero me asombra bastante su juventud, coronel. —Ojorey se echó a un lado para poder captarme totalmente. Hasta entonces sólo debía estar viéndome hasta los hombros—. Sin embargo, su capitán es mayor que usted.

—Quizá tenga oportunidad ahora de conocernos mejor —dijo Korelle, impertérrito él muy condenado—. Sólo tiene que descender en el astropuerto de Wanday, como tenía previsto, y dispondremos de la oportunidad de charlar directamente.

—¿Me sugiere que prosiga mi viaje? Oh, no. Dentro de unos minutos voy a ordenar el regreso a mi plácido mundo.

—Es preciso que venga, señor.

—No sabe cuánto lo siento, señor coronel. Ya sé que en todo Byca no hay un transmisor capaz de llegar hasta donde está su UNEX. Lamento que tenga que permanecer en Wanday hasta que los suyos vengan a buscarle, cuando se alarmen ante su silencio.

Korelle sonrió.

—Si yo usara sus medios y me pusiera en contacto con mi UNEX, ésta no tendría que desplazarse hasta aquí, sino que enviaría un crucero. Y eso, señor Ojorey, le convendría a usted…, y sus colegas.

—¿A mí? ¿Por qué? Me traen sin cuidado sus problemas y el Orden Estelar. Ustedes no están interesados en los mundos de la Regencia…, afortunadamente. Es una pena que su anfitrión, el honorable Trohjo, no me hubiera comprado un transmisor mejor que ese que usa ahora. ¿Por qué no prueba a lanzar con él un mensaje? Con mucha suerte, si las perturbaciones solares no intervienen, podría ser recibido en la UNEX, algo improbable, eso sí.

—No quiero perder el tiempo, Ojorey. Además, le necesito aquí para otra misión.

—Sería un placer ayudarle si no fuera porque ese ataque misterioso podría ser el preludio de una de esas molestas guerras a que son tan aficionados los bycanos.

—Vaya. ¿Es que no le gustaría que estallara otro conflicto del que usted sacaría una buena tajada posteriormente vendiendo armas?

—Soy un honrado comerciante que jamás ha traficado con armamento —replicó Ojorey, mostrándose ofendido.

—Mire, déjese de cuentos. —Korelle propinó un puñetazo a la mesa—. Si usted no viene aquí a toda velocidad le prometo que cuando se presente la UNEX voy a acabar con el comercio ilegal de Alprey. Vender armas está prohibido a quienes tienen patente legal. ¿Me entiende? Si por el contrario usted colabora conmigo y me marcho enseguida, aunque después de hacer aquí ciertos trabajos, me olvidaré de todo y este mundo podrá seguir con sus aficiones preferidas.

—Usted bromea, coronel —silabeó Ojorey. Y había dejado de sonreír y su piel se tornó cenicienta.

—Ni un ápice, Ojorey. Lo digo muy en serio. Mi propósito es no intervenir en los mundos de la Regencia, pero si me hace un desaire le prometo que arrasaré el comercio que ustedes mantienen entre estos mundos y los fabricantes del Borde. Me irritaré mucho si por su culpa permanezco varias semanas en Byca.

Ojorey se apartó un momento del foco holográfico y cuchicheó con otros alpreyanos. Estuvieron deliberando acaloradamente.

—Está bien —dijo Ojorey cuando volvió a sentarse—. Seguiré la ruta y estaré en el astropuerto de Wanday dentro de veinte horas. ¿Qué quiere de nosotros aparte de usar nuestro transmisor?

—Lo sabrá cuando llegue.

—Esto lo considero un chantaje.

—Así irá conociendo nuestros métodos —rió Korelle.

Yo no tuve más remedio que cerrar los ojos Nuestro prestigio en la Regencia iba a quedar por los suelos después de aquello.

Pero Korelle estaba eufórico. Su actitud triunfadora no desapareció cuando el comerciante Ojorey dijo a guisa de despedida:

—Había creído que los oficiales del Orden eran unos caballeros, pero ahora compruebo que son mujeres enredadoras y perversas.

La imagen se esfumó y yo miré a Korelle.

—¿Tú…?

Korelle pareció encogerse un poco, me miró y sonrió como disculpándose.

—¿Le importa que hablemos luego de ese tema, capitán?

Me incliné sobre ella.

—Claro que sí. Si me quedo a solas contigo, nena, te estrangularé.

Pero hablé con Korelle a solas. Soy así de atrevido. Por suerte para ella ya había pasado algún tiempo desde que me enteré por Ojorey que era una chica y mi enfado no era lo bastante grande como para que cometiera un homicidio premeditado.

—¿Por qué no me lo dijiste desde el primer momento?

Ella se humedeció los labios, en un gesto con el que parecía querer recobrar su identidad. De pronto, no sabía por qué, la veía como una chica de cara traviesa, no el muchacho imberbe y delicado que había supuesto.

—Ya estaba usted bastante enfadado conmigo porque me hacía

pasar por un coronel del Orden ante Trohjo —musitó Korelle—. Además, tenía que seguir fingiendo ante los nativos, ¿no?

—¿Cuál es tu verdadero nombre? Supongo que será verdad lo demás, que eres cadete y viajaban en el Ontario.

—Claro que sí, capitán. Me llamo Jara Korelle… Crucé los brazos y sacudí la cabeza, a ver si agitándola se me ordenaban las ideas. Lo que más me irritaba era haber pasado como un imbécil ante ella. ¿Cómo no me había dado cuenta? Si hasta el bruto de Horace lo sabía. Recordaba su insinuación aquella misma mañana y la reticencia de Korelle a compartir conmigo el aseo. ¿Es que estaba ciego? Ese mercader de Alprey, Ojorey, se había bastado con mirarla a través del transmisor para saber que era una chica.

¿En qué me había obsesionado para no verla como era realmente?

No dejaba de observarla y cada momento que pasaba la encontraba más femenina, incluso bonita. Por los dioses que jamás me estime peor que en aquel instante.

—¿Era preciso hacerte pasar por varón, pregunté?

—Desde luego, señor. Era vital.

—¿Por qué?

Ella pareció desesperarse. Por primera vez me miró con impaciencia, irritada incluso. ¿Es que yo estaba obligado a comprenderlo todo, demonios?

—Ya le dije que habría acabado como distracción de algún cortesano de Trohjo si usted se hubiera demorado algunos días en aparecer. ¿Es que no se ha fijado lo poco atractivas que son las mujeres aquí?

Enarqué una ceja. Yo tenía mis ideas al respecto.

—Tal vez sean interesantes para los hombres de Wanday.

—¡Qué va! Esta gente no son humanos puros, señor. Descienden de una extraña etnia humanoide. Mientras los hombres son muy parecidos a nosotros, las mujeres se alejan muchísimo del prototipo humano. Los wandayanos se pirran por una chica joven y delgada, de suave piel. Si yo me hubiera presentado ante ellos como lo que soy, ni los entorchados de la almirante Cooper me hubieran librado de convertirme en una concubina, en la del autarca, que no me habría dejado por nada del mundo.

Tuve que reconocer:

—A tu lado soy un total ignorante de las costumbres locales. Está bien, admito tu proceder, pero no me convencen tus métodos. Lo estás complicando todo.

—Se equivoca, señor. Si se refiere a mi actitud con el mercader Ojorey debo decirle que es la única forma de tratar a esa gente. Nosotros no podemos permitirnos el lujo de vivir aquí demasiadas semanas, hasta que su comandante, cansado de esperar sus informes, tenga la ocurrencia de acercarse a ver en qué ha quedado su misión ante la corte de Trohjo. Demasiado tiempo, ¿no? En el ínterin podrían sucedemos muchas cosas, como por ejemplo cansar a nuestros anfitriones y acabar siendo vendidos como esclavos a un país vecino, incluso a Fuernue apenas acaben las hostilidades.

—Debí suponer que la esclavitud no debía faltar entre las cualidades de Byca —suspiré.

Paseé por la estancia a la que había llevado a Jara Korelle. No me quedaba mucho tiempo porque el autarca nos esperaba para que le acompañáramos a comer. Confiaba en que no habría ningún cuerpo de baile en esta ocasión. Me detuve.

—¿Por qué ha atacado una nave de Fuernue el astropuerto? —pregunté a la chica.

Ella hizo un mohín gracioso, puso los brazos en jarras y me dijo pícaramente:

—Seguro que cuando conozca mis deducciones no dudará en dejarse aconsejar por mí.

—¿Tú crees? No debería hacerte caso en reciprocidad por no haber confiado en mí. Chica, me duele todavía que no me dijeras la verdad, y no me convence tu excusa. Yo habría sabido fingir.

Ante mi sorpresa, Jara se ruborizó.

—Usted me intimidó desde el primer momento.

Y se me acercó lo bastante como para que pudiera percibir su ligero perfume. Empecé a ponerme nervioso y dije:

—Venga, cuéntame eso que dices que me obligará a compartir tus locuras.

6

El mercante Megifa apareció en el cielo de la ciudad de Wanday mucho antes de lo calculado, efectuó un descenso impecable y nos acercamos a él apenas se disipó el humo alrededor de su base.

Yo había visto de lejos que era un modelo bastante nuevo, con grandes bodegas, un sistema avanzado, sin duda producto de la tecnología del Borde, y me pregunté también si no ocultaba en su fuselaje algún que otro medio de ataque o defensa. De la gente de Alprey, según tenía entendido, uno podía esperarlo todo.

Pero su jefe, el honrado Ojorey, se comportó como un comerciante, diplomático y mesurado al hablar cuando no trataba de negocios. Tuvimos con él la primera entrevista en un cuarto del edificio de administración del campo, los tres miembros en Byca del Orden, el autarca y su inseparable general Millastry.

Al principio noté en Ojorey que se resistía a dirigirse a Jara Korelle como la principal representante del Orden. Instintivamente desviaba su mirada hacia mí, como si yo fuera quien en realidad debía llevar la voz cantante.

Quizá la actitud de Ojorey era fingida y realmente no se tragaba que Jara fuera un coronel, o era que dudaba y no se atrevía a decidirse a llamarnos embusteros y a preguntarnos cuál era nuestro juego. Lo cierto era que él había tenido más intuición que yo y desde el primer momento, cosa que aún no comprendía, se había dado cuenta de que nuestro jefe era una chica, increíblemente joven para ostentar el grado de coronel. Parecía como si por ser femenina la hubiera olido a través de la proyección holográfica.

Después de las primeras frases protocolarias deduje que el alpreyano no hacía sino esperar el momento conveniente para exigirnos que mostráramos nuestras cartas, tal vez cuando ningún nativo estuviera presente.

—Nuestros medios de comunicación están a su disposición,

coronel —dijo Ojorey tras apurar la copa de licor que le había obsequiado el general Millastry. De reojo observó a los dos nativos y pareció dudar un instante antes de hacer la siguiente pregunta—: ¿De qué se trata su otra petición?

Jara Korelle no respondió enseguida. Por primera vez la vi titubear, moverse incómoda en su asiento. Comprendí que cuanto tenía que exponer a Ojorey no quería hacerlo delante de los wandayanos.

Chasqueé los dedos y dije a Horace:

—Sargento, creo que éste es un buen momento para que usted comunique al Honorable Trohjo y al general Millastry el tipo de compensaciones que están obligados a recibir por el buen trato dado a nuestro coronel durante su estancia.

—Oh, eso podría esperar —dijo Millastry.

—Piénselo, general —insistí—. Además, el sargento podría darle una lista de los mundos del Orden para que usted elija a dónde podría ir como embajador de Wanday.

Aquello terminó de disipar la curiosidad de Millastry por enterarse de todo lo que allí iba a hablarse y se levantó de un salto, arrastrando con él a su señor, quien lo siguió de mala gana.

—Creo que todos hemos coincidido en nuestros deseos de dialogar sin testigos molestos —comentó Ojorey apenas nos quedamos solos los tres.

—Hablemos entonces, ya que esos personajes podrían volver pronto —sonrió Korelle. De nuevo la veía dueña de sí misma—. Durante las semanas que he permanecido en Wanday jamás oí que se temiera un ataque por parte de Fuernue. ¿Qué opina usted de eso, Ojorey?

Y antes de que el mercader respondiera, Korelle describió minuciosamente la nave de fuselaje rojo que arrasó parte del astropuerto y destruyó nuestro patrullero.

—No cabe duda de que esa nave es una de las cinco unidades de ataque de que dispone Wanday.

—¿Quiere decir que Trohjo ordenó que se fingiera el bombardeo? —salté asombrado.

—No exactamente. He dicho que ese modelo pertenecía a este país hace cinco meses, que fue la última vez que lo visité. Pero a veces los Estados realizan entre ellos… digamos transacciones.

Supongamos que Trohjo cedió a Fuernue, que nunca se ha distinguido por tener una flota aceptable y capaz de maniobrar en la atmósfera, esa unidad a que ustedes se refieren. Fuernue no está en crisis con Wanday, pero sí con otra autarquía situada al Este.

—Usted parece conocer muy bien el material bélico que disponen los países bycanos, señor Ojorey —sonreí irónicamente.

El mercader resopló, se recogió su túnica y echó la cabeza hacia atrás.

—Es posible que para ustedes sea un delito que los alpreyanos comerciemos con otras cosas que no sean utensilios domésticos, telas, pieles o maquinaria agrícola, pero de lo que nunca podrán acusarnos es de traficar con esclavos. De eso se ocupan otros, gente desaprensiva que acude aquí procedente del Borde. Ellos saben que en las cortes de estos países se paga muy bien por jovencitos totalmente humanos. Créanme, a nosotros nos repugna este comercio.

—Parece usted muy sincero…

—Lo soy. La vida es dura en los mundos de la Regencia, señores. Tenemos que vivir y no dudamos en suministrar naves de guerra y armas a quienes las necesitan, pero siempre en pequeñas cantidades. Si nosotros no controláramos este comercio, otros lo harían y las consecuencias serían peores. Está demostrado con el asunto de la esclavitud. Como Alprey lo desechó siempre, acudieron los esclavistas del Borde a cubrir el vacío.

Korelle asintió.

—Quizá no le falte razón. ¿Qué opina usted de lo que ocurre? Imagino que tendrá una idea respecto a ese extraño ataque.

—Sé que hace dos meses estuvo en Fuernue una nave esclavista y desembarcó un contingente de esclavos que posteriormente llegó a Wanday. Por aquel entonces las relaciones entre los dos países eran cordiales, como ha venido ocurriendo los últimos años. Sospecho que hubo una transacción secreta entre ellos, a consecuencia de la cual el autarca Trohjo cedió una de sus naves a su vecino, precisamente la que ha atacado al astropuerto.

—Eso es lo que no entiendo —dije.

—Yo sí creo comprender, capitán —dijo Ojorey—. Esta gente no es de fiar, son personas tramposas y enredadoras. No crea que es fácil venderles algo. Yo lo hago siempre al contado, o no cobraría

nunca. Sospecho que ese injustificado ataque ha sido debido a que Mujande, un tipo violento por cierto, se cansó de esperar el resto del pago que le debía Trohjo.

—¿Qué ha podido recibir Trohjo para que a su vez pague con un vehículo de ataque? —preguntó Jara Korelle.

—Si el vehículo es sólo una parte del débito, lo que ha recibido Trohjo ha de ser de valor. —Ojorey entornó los párpados—. Y en este planeta, aunque no lo crean, la mercancía más apreciada son muchachas hermosas. Por ellas, por su posesión, se ha empezado más de una guerra. Ah, y no descartemos a los chicos si son sanos, bien dotados y atractivos.

—No hace falta que me describa ahora cuáles son las debilidades de los wandayanos —gruñí.

Jara me hizo un gesto para que la dejara hablar.

—Señor Ojorey, voy a aclarar algo aquí y luego quiero que me lleve a Fuernue. Por el camino lanzaré una llamada a la UNEX Argasol.

—Yo aconsejaría que subieran inmediatamente a mi carguero y nos largáramos —susurró Ojorey.

—Él está pensando que nuestras vidas corren peligro aquí —dije a Jara.

—Así es. Huelo algo extraño en todo esto. Estoy recordando los detalles del ataque, la hora justa en que ustedes llegaron al astropuerto y se salvaron milagrosamente de entrar en la zona que el bombardeo castigó. Es muy curioso que su nave estuviera en la zona atacada.

No supe si Ojorey era de naturaleza desconfiada o su larga experiencia le colocaba en un plano de superioridad sobre nosotros a la hora de discernir. Ignoro por qué, pero había algo en él que me hacía darle confianza, tal vez porque hasta entonces, me había parecido, sus palabras sonaban sinceras.

—Aunque no lo diga claramente, señor Ojorey, sus insinuaciones son muy valiosas para mí —sonrió Jara—. Le he entendido. Agradezco su preocupación por nosotros, pero debo aprovecharme de mi posición y echar un vistazo al palacio. Allí estaba la clave. La otra noche, el autarca nos obsequió con un deleznable cuerpo de baile, y al principio capté en sus invitados cierta decepción, como si hubieran esperado algo mejor, unos bailarines de más categoría.

Jara se levantó y se volvió para ir a la otra habitación donde Horace, el pobre, soportaba las peticiones del general y su amo el autarca.

—Espere —la llamó Ojorey—. No menosprecie a Trohjo. Es un viejo astuto. Hay que ser muy inteligente para mantenerse en el poder en un país cualquiera de Byca.

Ella sonrió y dijo antes de cerrar la puerta:

—Nunca subestimo a ningún contrincante. A nadie.

Ojorey suspiró y me miró.

—Se ha referido a mí, capitán; pero yo estoy de su parte. Ella es una persona muy interesante.

—Cuando usted habló por primera vez con… mi superior supo enseguida que era una mujer. Sin embargo, no se presentó como tal.

Comprendí inmediatamente que no debí tratar el tema. Lo supe cuando vi que Ojorey esbozaba una sonrisa enigmática.

—En aquel momento no sabía qué pensar, lo admito. No dudaba que hubiera gente del Orden en Wanday y creo que la curiosidad en mí fue un factor muy importante para decidirme a ceder a las presiones de la coronel Korelle. Quería estudiarla frente a frente.

—¿Y qué opina ahora?

—Yo sospechaba algún tipo de superchería, no podía creer que en el Orden hubiera un coronel tan joven. Sin embargo, ahora me inclino a admitirlo. —De pronto me miró con suspicacia—. ¿Es importante que yo supiera o no el sexo de su jefe, capitán?

—Oh, no. Confieso que le he hecho una pregunta estúpida.

—Usted no es estúpido, capitán. Está confuso, eso sí.

En aquel momento se abrió la puerta y entraron Korelle, el general, Trohjo y el sargento. Su llegada cortó aquella conversación mía con Ojorey que jamás debí haber empezado.

Empezaba a sospechar que desde el primer momento en que me encontré frente a Jara se produjo en mi mente un bloqueo mental, algo que paralizó mi objetividad. De alguna manera, desde entonces, no quería pensar que aquella cara bonita, demasiado para un joven, fuera la de una chica. ¿Acaso sentí cierta atracción hacia el chico Korelle y mi heterosexualidad creó defensas en mí que no me dejaron discernir?

Korelle estaba diciendo a Trohjo que quería descansar aquel día en el palacio, mientras el sargento, con el permiso de Ojorey, haría

el primer intento de contactar con la UNEX Argasol. El mercader se me acercó y me susurró al oído:

—Tranquilícese, capitán. Ante los demás trataré a su coronel como si fuera un varón.

Demonios de Ojorey, pensé lleno de irritación ante su gesto burlón. Empezamos a salir del cuarto y le respondí:

—Estoy sintiéndome como el tonto de la reunión.

—Le repito que estoy de su parte, del lado del Orden por razones obvias. Entre otras cosas, la esclavitud que aumenta en los mundos de la Regencia es un problema para los honrados comerciantes de Alprey. Si ustedes espantan a los traficantes de seres humanos nos harán un gran favor.

Y añadió cuando ya estábamos fuera y nos dirigíamos hacia los vehículos:

—Por supuesto que nos gustaría que como pago a nuestra colaboración nos dejaran en paz y no intervengan aquí, al menos durante muchos años.

Yo sabía que entre los proyectos del Orden figuraba uno que situaba a los mundos de la Regencia entre los no aptos ni convenientes para la incorporación a nuestro sistema y no dudé en asentir.

El sargento se retiró hacia el carguero. Dos navegantes de Ojorey le acompañaban. Mientras, los demás entramos en dos vehículos y nos dirigimos velozmente hacia el palacio.

Delante de mí, sentado a mi derecha, Ojorey. Korelle mantenía una conversación muy animada con el autarca. Yo estudiaba el perfil de Trohjo y recordé la advertencia del mercader de que no subestimáramos a ningún líder de Byca.

De Korelle me molestaba que ella decidiera impulsivamente sin consultarme. Por ejemplo, había dicho poco antes a Ojorey que avisaría a la UNEX cuando el día siguiente voláramos hacia Fuernue y ahora lo estaba intentando el sargento. ¿O es que Horace había recibido instrucciones de la chica, y no precisamente para lanzar una llamada al comandante Bristol? ¿Cuál era la intención de Jara apartándolo de nosotros?

Y, sobre todo, sentía una gran curiosidad por saber lo que ella se proponía hacer en el palacio. Sólo me había contado parte de sus proyectos.

Lo peor era que ya no podía pensar en pegarle un puñetazo para aliviar mi tensión.

Era una chica, ¿no? Y yo un caballero. O al menos así me había considerado hasta entonces.

Me dejé llevar por mis pensamientos, alocadamente. Al volverme me vi reflejado en el cristal de la cabina. La sonrisa estúpida que flotaba en mis labios me desconcertó. Cada vez que mi mente se llenaba de Jara Korelle sentía una emoción extraña.

Sólo cuando nos encontramos en el palacio y Korelle solicitó unos minutos de descanso para tomarse una ducha, llegué a la conclusión de que ella me había trastornado desde el primer momento que la vi y ahora no sabía apartarla de mis pensamientos.

Nos condujeron al mismo cuarto que ya habíamos utilizado la otra noche y nos dejaron solos, y esa intimidad que compartíamos me asustaba y me alegraba al mismo tiempo.

—¿Vas a hacerlo? —inquirí cuando ella se dirigía al cuarto de baño y por el camino se quitaba la guerrera.

—¿Hacer? ¿Qué? —Se volvió y me observó con ojos entornados.

Enderecé mis hombros caídos. ¿Es que había tergiversado mis palabras? ¿Qué se había imaginado?

—Me refería a plantar cara a Trohjo.

—Por supuesto. La verdad es que nunca creí que yo fui la única superviviente del naufragio.

—Pero tu versión…

—Era la que me hizo creer el autarca, y que hice mía ante ti para que tú te mantuvieras indiferente a lo que está pasando aquí. Pero ahora te necesito. Además, otras naves salvavidas pudieron escapar, ¿no? ¿Qué ha pasado con ellas?

Me tuteaba. Había eliminado el respeto que debía a mi jerarquía. Al menos mientras no hubiera nadie tenía que olvidarse de su suplantación. Pero no me importó nada y me acerqué a ella, la miré de cerca, a los ojos. Admiré por unos segundos sus labios y los besé. Jara dejó escapar la guerrera de entre sus manos y las mías se deslizaron hacia sus pequeños pechos. Sentí que los pezones estaban erectos y se los acaricié.

Ella no tardó en responder a mis besos y yo me olvidé de todo, de mi grado y de que era un cadete la persona que se agitaba complacida entre mis brazos.

Durante algunos minutos ni siquiera recordé que me encontraba en un mundo asqueroso llamado Byca.

7

Sin encomendarse a ningún dios, Jara planteó a Millastry su propuesta.

—Su carrera en las fuerzas armadas de Wanday ha llegado hace tiempo a su cima, general, ¿qué espera a partir de ahora? —y sin aguardar la respuesta del sorprendido Millastry, añadió—: Desperdicia su talento en un minúsculo país situado en un planeta miserable. Usted, general, necesita horizontes más amplios.

Con la boca abierta, Millastry asintió a cada aseveración de Jara, y dijo:

—¿Qué me propone, señor?

—En el Orden Estelar necesitamos a personas como usted. Nuestra organización está en constante expansión y precisamos de jefes de su categoría. Claro que no entraría con su actual grado de general, pero sí de coronel. La paga sería excelente y no le faltarían oportunidades para llegar a almirante.

Si mi humor en aquel momento no hubiera estado tan cargado de pesimismo creo que me hubiera reído como jamás lo había hecho en toda mi vida. Pero después de lo que había pasado entre Jara y yo no dejaba de recriminarme mi proceder y lo veía todo negro.

Nunca he sido un moralista y me he aprovechado de todas las oportunidades que se me presentaron, pero con Jara todo se me antojaba distinto y lo apreciaba desde un prisma diferente.

No dejaba de atormentarme ni un instante, preguntándome si la entrega de aquella chiquilla se había debido a que de alguna manera quería complacerme por los malos ratos que me había hecho pasar y, por los que sin duda, iba a ofrecerme.

Y lo peor para mí, lo que me angustiaba, era que si antes de hacer el amor con ella ya me atraía, después de ello no tenía la menor duda de que me había vuelto loco. Y es que Jara era

especial, no dejaba de repetírmelo una y otra vez mientras recordaba sus besos, su pasión y su cuerpo delicioso.

Pero ella seguía sorprendiéndome. Apenas saltó de la cama se vistió y me dijo con voz cariñosa que era preciso regresar a nuestro trabajo.

Y aquel trabajo no era otro que sobornar a Millastry, como bien estaba yo viéndolo y oyendo.

Aquel mequetrefe de general la escuchaba embobado y sólo le faltaba que se le cayera la baba.

—Creía que… Bueno, que en el Orden sólo podían entrar ciudadanos de los planetas…

—Nada de eso —le interrumpió Jara—. Estamos abiertos para todo el mundo, para aquellos buenos profesionales que deseen colaborar.

Jara había tocado el punto flaco del general y sabía utilizar su ambición.

—A Trohjo no le gustará que me marche —dijo de pronto el general, súbitamente preocupado.

Pensé que Trohjo se mondaría de risa al saberlo si no fuera porque no se lo iba a creer. Seguro que no tardaría en llegar a la conclusión de que nosotros tramábamos algo al corromper, sin mucho esfuerzo, a su general.

—No le diremos nada. Usted embarcará con nosotros en la UNEX apenas se presente sobre los cielos de Wanday —dijo Jara—. Más tarde, él comprenderá que no tenía derecho a interrumpir una carrera tan fulgurante como la suya.

—En tal caso…

—Pero existe una cuestión de poca monta —dijo Jara moviendo la cabeza, dando la impresión de que le molestaba mentar aquello.

—¿Qué? —preguntó el general, patética su preocupación.

—Sería magnífico que usted se presentara ante el comandante Bristol con el respaldo de una gestión beneficiosa para el Orden.

—¿Cuál podría ser?

Y Jara, sin titubear, se lo dijo.

Millastry parpadeó.

—Pero todo el mundo sabe que hay esclavitud en las naciones de Byca. Le confieso, señor, que a mí nunca me gustó ese comercio.

—Lo creo y, aunque me repugne, mi situación me impide

inmiscuirme en asuntos internos. Sin embargo, deseo que nos conduzca hasta las dependencias donde Trohjo mantiene su colección de esclavos.

—Ustedes ya vieron a varios —dijo Millastry—. Por ejemplo, muchos de los sirvientes, los bailarines, los jóvenes que montaron los números circenses…

—Recuerde que nos marchamos cuando el *ballet*, no vimos a los chicos. Pero éstos eran nativos, ¿no?

—No entiendo…

—Millastry, limítese a decirme dónde están los últimos esclavos adquiridos por Trohjo, ahora que éste está muy ocupado presidiendo el Consejo.

El general ladeó la cabeza y luego la enderezó. Pensé que con aquel gesto sus ideas podían haberse acoplado y tal vez pensara con más equilibrio, lo cual no sería bueno para nosotros.

—He oído rumores de que Trohjo compró hace algunas semanas una partida de esclavos, pero nunca nos dejó que los viéramos. En cada cena pensábamos todos que no los iba a mostrar después de los postres, y…, bien, ya saben cómo terminan nuestras pequeñas veladas.

Asentí. Claro que lo sabía. Cada bacanal era seguida por orgía, un desenfreno. Vi que Millastry apretaba los labios y expresaba enfado con sus ojos entornados.

—Eso nunca me gustó. Me refiero a que Trohjo no compartiera sus nuevos esclavos. Hasta me dijeron que eran de un excelente material, muchachos y muchachas como jamás vimos por aquí.

—Puedo imaginármelo —dijo Jara secamente—. ¿Vamos, general?

—Sería peligroso…

—Si hay guardias no creo que a usted le impidan el paso.

—La guardia personal de Trohjo sólo recibe órdenes directas de él. No obstante… Existe una forma de verlos, algo arriesgada.

—Estamos dispuestos —dijo Jara. Me miró y yo compartí su decisión. Si las sospechas de la chica eran ciertas merecía la pena el riesgo que podíamos correr.

—Tendremos que esperar a la noche —dijo Millastry.

—Si no hay más remedio —dijo Jara de mala gana.

—El ala Sur del palacio la usa Trohjo para él, sin que nunca deje

que nadie entre en ella. Un amigo me contó que una noche metieron allí una partida importante de esclavos. —Millastry sonrió como si la coincidencia le hiciera gracia—. Precisamente seis días después de que usted llegara, coronel.

Jara y yo cruzamos una mirada de entendimiento Recibí su sonrisa y un guiño.

Durante las horas siguientes mantuve una actividad extraordinaria. Me entrevisté con Ojorey antes de que se marchara al Megifa, ya que de ninguna manera el mercader quería pasar la noche en el palacio.

—Mi propia moral me prohíbe asistir a una obscena velada de Trohjo —me indicó.

Le dije:

—Mantenga dispuesta la nave para partir y dígale al sargento que no deje de rastrear el espacio en busca de la UNEX.

Me miró suspicazmente, algo preocupado.

—Están pidiéndome demasiado. El astropuerto posee algunas baterías y me disgustaría mucho escapar entre su fuego.

Yo había contado a Ojorey lo que Jara y yo pensábamos hacer dentro de poco, apenas amaneciera y mientras casi la totalidad de los habitantes del palacio durmiera, una vez más, la borrachera de cada noche.

—Van a moverse peligrosamente llevados por una intuición. Si se equivocan y son descubiertos, no sé lo que puede pasar. A pesar de su aspecto ridículo, los ataques de ira de Trohjo son funestos para quienes lo hayan provocado.

—Si su carguero sufre desperfectos se le compensará.

Ojorey soltó una carcajada antes de marcharse:

—Yo no soy Millastry, capitán. No intente sobornarme.

Lo miré alejarse y me pregunté si podíamos confiar en él. Por suerte para nosotros teníamos a Horace a bordo. El sargento sabría cómo convencer al mercader para que nos esperase. La mansedumbre del suboficial desaparecía misteriosamente cuando a su alrededor surgía una crisis y comenzaba el peligro.

Paseé por el palacio y miré curioso los preparativos para la bacanal de la noche. Aquélla iba a ser grande, con más asistentes que la anterior y se iba a echar la casa por la ventana. La cantidad de vino y viandas era sobrecogedora.

Jara y yo nos presentamos cuando ya había llegado el autarca y nos sentamos a su lado como exigía el protocolo. Vi al general Millastry algo apartado en esta ocasión y su semblante ensombrecido llegó a inquietarme. Me asustaba la posibilidad de que se echara atrás a última hora.

Jara y yo fingimos beber y dejamos que los demás se emborracharan pronto. Antes de que se presentara aquel famoso y ridículo cuerpo de baile, tan famoso en el planeta según decía Trohjo, nadie se acordaba de los importantes huéspedes llegado el momento.

Ella sólo esperó a que el general se levantara tambaleante y desapareciera tras unas cortinas. Me moví detrás de los invitados y salté sobre las parejas que rodaban abrazadas entre cojines y restos de comida.

Nos reunimos con Millastry en el corredor acordado y lo encontré pálido, nervioso. En cualquier momento podía desmoronarse. No le di ocasión de pensar, lo empujé y animé hablándole de que nuestra retirada estaba dispuesta.

Millastry nos condujo a través de pasillos y corredores escasamente alumbrados. Aquella parte del palacio apenas estaba habitada y las estancias mostraban un aspecto patente de dejadez.

Si el general había bebido más de la cuenta, el susto que tenía parecía haberle disipado la embriaguez. Caminaba deprisa, a veces encendiendo una lámpara cuando cruzábamos cuartos en penumbras. La noche había llegado y por las ventanas sin cristales entraba la poderosa luz de las estrellas y el frío.

Ahora viene la parte más peligrosa —susurró Millastry, deteniéndose ante una puerta cerrada—. Al otro lado suele haber algunos soldados de Trohjo.

—¿Y después? —preguntó Jara.

—Las dependencias de los esclavos que esconde el autarca. En realidad son grandes celdas.

Millastry nos enfocó con su linterna y yo asentí, pero él no se movió y Jara tuvo que decirle que abriera la puerta.

Sudaba aquel condenado mientras introducía una llave y la hacía girar. Empujó levemente la puerta y yo, amartillando mi pistola, atisbé, adelantándome a Jara. No quería que ella se expusiera lo más mínimo.

Al otro lado había una habitación que contenía algunos camastros, una mesa y varias sillas. Un soldado estaba tendido y se volvió rápidamente al escuchar el chirrido de la puerta.

Me planté frente a él y le puse al láser delante de los ojos.

—Quieto —dije en voz baja—. Un solo movimiento y disparo.

El soldado se quedó con la mano muy cerca de su rifle. Miró por encima de mis hombros y lanzó un gemido de asombro al ver al general. Entonces se apartó de su arma y levantó las manos.

Mi intención era dejarlo sin sentido o atarlo. Pero el general arrancó de mí un grito sordo de rabia cuando le descerrajó un tiro con su pistola.

El hombre fue alcanzado en el vientre por un proyectil enorme y cayó de espaldas al suelo tras dar un par de giros. Ni un solo grito salió de su boca abierta.

—¿Por qué lo ha hecho? —pregunté a Millastry.

El general se encogió de hombros y bajó su arma.

—Era un testigo —explicó—. Si esto saliera mal y yo no pudiera marcharme de aquí nadie debe saber que he intervenido.

Aquel tipo no era tan tonto como había pensado. Se estaba protegiendo la espalda. Sólo su desmesurada ambición le convertía en un traidor. No era el momento de discutir. El disparo había hecho algo de ruido y yo corrí a la otra puerta.

Jara la empujó y se echó a un lado. La chica estaba preparada para una acción de comando. No había nadie en la habitación siguiente. Era una cocina que olía fatal. Tras los fogones se abría un pasillo que colgaba sobre un salón de alto techo en el que pendían varias luces eléctricas.

—¿No hay más soldados? —preguntó Jara a Millastry.

—No sé cuántos hay aquí. Jamás lo he sabido —dijo el general.

Avancé despacio y caminé sobre la pasarela. Miré abajo y vi un grupo de jóvenes que dormitaba, tendidos en el suelo de cemento. Jara se puso a mi lado y la escuché gemir. Ella tenía motivos para estar sorprendida, rabiosa y contenta. Todo a la vez. No era para menos.

Debajo de nosotros había unos veinte chicos y chicas con uniformes de cadete del Orden.

Existía una escalera a la derecha que podía conducirnos a la sala, pero tenía una verja cerrada.

Entonces uno de los jóvenes levantó la mirada y nos descubrió. La presencia en la pasarela de dos miembros del Orden resultaba ostensible por nuestros uniformes negro y plata. Enseguida todos se despertaron y alzaron sus cabezas. Jara abrió los brazos y pidió silencio antes de que sus compañeros de academia estallaran en gritos de júbilo.

La pasarela terminaba en el otro extremo en una puerta que en aquel momento se estaba abriendo, apareciendo en el umbral un soldado de Trohjo. Aquel tipo estaba muy extrañado tras echar un vistazo abajo y ver que todos los prisioneros miraban hacia arriba.

Aunque un poco antes yo había recriminado en silencio la actitud del general al disparar contra el soldado, pensé entonces que no podíamos andarnos con remilgos y apreté el gatillo de mi láser.

Siempre he tenido una puntería excelente y acerté de pleno al soldado en el corazón. Mi disparo silencioso provocó un relámpago que fue como el estallido de júbilo entre los prisioneros. Mientras el hombre caía abajo, los jóvenes empezaron a correr hacia la escalera. Jara estaba rompiendo la verja sin contemplaciones.

Escuché que pronunciaban el nombre de ella, casi llorando todos. Yo sentí un nudo en la garganta y me emocioné viendo tanta alegría en los prisioneros. Pero tenía que ser práctico e intervine para apartarlos de Jara, a quien agobiaban con tantos abrazos.

—Cada segundo es precioso para nosotros —dije.

—Es cierto, amigos —rió Jara, sus ojos enrojecidos por las lágrimas—. Os explicaría ahora todo lo que ocurre fuera de esta celda, pero no hay tiempo. Os pido que obedezcáis al capitán Holt en todo y él nos sacará de aquí.

—¿Pero tú no eres el coronel, Jara? —rió un muchacho.

Ella negó con la cabeza. Podía hablar libremente. El general Millastry estaba lejos y no oiría nada. Jara me miró y dijo:

—Sólo soy un cadete como vosotros. Todo este asunto lo lleva el capitán desde el principio. Vamos, moveos.

La tenía junto a mí y mi mano libre apretó la suya. Los cadetes empezaron a pasar ante nosotros y algunos se asustaron un poco al descubrir al general wandayano, pero siguieron adelante hasta que el último abandonó la escalera, precisamente llevando el arma del soldado muerto. Al pasar ante mí, me aseguró:

—Sé usarla, señor.

Conducir una veintena de jóvenes vestidos de negro y rojo, los colores del uniforme de los cadetes, por un palacio no era empresa fácil. Teníamos a nuestro favor el hecho de que la variopinta corte de Trohjo estaba muy ocupada divirtiéndose, pero en contra a su guardia.

Claro que contábamos con la ayuda de Millastry y nos dejamos conducir por él. Conocía aquellas dependencias y nos llevó por lugares desiertos hasta el exterior, sin más incidencia que un encuentro con una patrulla compuesta por tres soldados a los que no tuvimos más remedio que matar.

Todos los cadetes tenían la edad aproximada de Jara, unos dieciséis o diecisiete años, pero ya estaban lo bastante entrenados como para que, en lugar de ser un estorbo, se convirtieran para mí en una tropa eficaz.

Nos alejamos del palacio y me volví para ver sus ventanas alumbradas y creí percibir el ruido de la música discordante que procedía de la fiesta. Mientras durase aquel sonido significaba para mí que la alarma seguía sin ser nada.

Millastry nos tenía preparados dos vehículos en los que entraron los cadetes un poco apretados. Tuvimos que conducirlos el general y yo, por mi parte bastante torpemente debido a lo poco habituado que estaba a su manejo. Pero conseguí no perder las luces que me precedían en medio de las laberínticas calles de la ciudad y enfilamos todo lo deprisa que pudimos hacia el astropuerto.

Hubiera querido que Jara estuviera sentada a mi lado, pero ella prefirió acompañar al general, sin duda para vigilarlo de cerca. Es obvio que nuestra confianza hacia él era mínima.

A medida que nos acercábamos a la valla metálica del campo mis temores crecían. Si los centinelas de la entrada insistían en registrar los vehículos a pesar de la presencia del general lo íbamos a pasar muy mal. Únicamente estábamos armados Jara, dos cadetes y yo. La otra pistola, en manos del general, era un enigma.

Yo, mal pensado por naturaleza, elucubraba sobre la posibilidad de que el general, viendo que las cosas se le ponían feas, usara su arma contra nosotros y luego tuviera la desfachatez de alegar que lo llevábamos en contra de su voluntad.

Cuando el vehículo que marchaba delante se detuvo y vi que algunos centinelas se acercaban a la cabina ocupada por el general

y Jara, solté las manos del volante y amartillé mi láser.

Resoplé, lleno de alivio, cuando reanudamos la marcha y desde la altura de mi asiento vi pasar por mi lado la entrada y los soldados que la custodiaban.

Los minutos que tardamos en recorrer la explanada hasta el carguero Megifa se me antojaron una eternidad. La nave de Alprey me pareció hermosa cuando bajé de la cabina y la miré bañada por la luz de varios focos.

Sobre la rampa que conducía a la esclusa de entrada estaba Ojorey. Nos hizo gestos para que nos apresurásemos y yo hice que los cadetes corrieran cuanto podían. Cogí a Jara de una mano y con ella llegué a la altura del mercader, y me asusté un poco al ver su gesto sombrío.

—Hemos escuchado que ha habido una alarma en el palacio. Dentro de poco llegará al astropuerto el aviso para que lo cierren.

Así que ya sabían que nos habíamos escapado, gruñí. Entré en el vestíbulo y permanecí allí hasta que los navegantes de Ojorey cerraron la esclusa.

—Vamos a partir dentro de dos minutos —advirtió el mercader, haciéndonos señas para que le siguiéramos al puente de mando.

Escuché gemir al general detrás de mí. Giré la cabeza para mirarlo y descubrí que su piel cetrina, sin apenas maquillaje, estaba increíblemente pálida.

—Las baterías —exclamó Millastry—. Pueden apuntarnos dentro de cinco minutos.

—Para entonces ya estaremos muy alto —dijo Ojorey.

Dentro del carguero sonaban los avisos para la partida, que sería arriesgada sin contar con la colaboración de la torre de control. Pero yo confiaba en la pericia de Ojorey para salir triunfante en situaciones como aquélla.

Los tripulantes del carguero distribuyeron a los cadetes en varios camarotes y me pregunte si todos estarían bien acomodados cuando se produjera la partida. Pero si alguno terminaba con un hueso roto siempre sería mejor que continuar siendo esclavo de Trohjo.

Jara me dijo que quería estar con sus compañeros y se alejó corriendo. Me mordí los labios. No había tiempo para retenerla y me esforcé por comprenderla, pero al mismo tiempo pensé si entre los chicos rescatados había alguno por el que ella sintiera algo

especial.

Mientras me dejaba caer en un sillón, una vez en el puente de mando, me dije que era la primera vez que experimentaba el dolor de los celos y decidí repudiarlos.

Ojorey estaba ya situado en su puesto privilegiado e impartía órdenes a sus navegantes. El mercader hablaba nerviosamente y era lógico. En los siguientes minutos sabríamos si escapábamos ilesos o un misil iba a acabar con nuestros sueños de libertad.

—Eh, capitán —escuché que me llamaba el sargento. Giré la cabeza y lo vi sentado a unos metros, delante de una consola de transmisión.

Quise preguntarle si había logrado contactar con la Argasol cuando un navegante anunció que las baterías situadas en el extremo opuesto del campo se movían para apuntamos.

Entonces se elevó el Megifa y a través de una pantalla contemplé lleno de horror que varios dardos de plata se alejaban de las baterías que eran enfocadas y se dirigían veloces hacia nosotros.

Un misil alcanzó la popa de babor pero seguimos subiendo.

Al cabo de media hora después, Ojorey me anunció la importancia de los daños sufridos.

—No podremos entrar en el hiperespacio en estas condiciones.

Yo sabía ya por los gráficos que el carguero volaba a veinte mil metros de la superficie, fuera del alcance de los misiles, pero incapaz de aumentar su velocidad. El Impulsor K no debía ser forzado, me aseguró con pesar el mercader alpreyano.

Horace se acercó a mí y me explicó que creía haber localizado el foco donde estaba el Argasol e iba a intentar enviarle un mensaje de socorro.

—Mientras no contemos con la energía suficiente no creo que consiga enviar nada más allá de diez minutos luz, sargento —dijo Ojorey—. Tendrá que esperar a que hayamos terminado las reparaciones para transmitir con plena seguridad de que será recibido.

—¿Qué podemos hacer? —pregunté.

—Deme unos minutos y le daré un detallado informe.

Ojorey se alejó preocupado de nosotros. Pedí a Horace que siguiera intentándolo y reanudara sus esfuerzos para cuando le dijeran que podía contar con la energía suficiente.

Jara entró en el puente de mando. No parecía muy contenta. Antes de que yo le preguntase qué le ocurría, ella quiso conocer la situación de la nave y se lo conté.

—¿Has hablado con tus compañeros? —pregunté.

—Sí. Estas semanas que han permanecido cautivos han sido horribles para ellos.

—¿Cuántos faltan?

—De los que llegaron al palacio, ninguno. Creo que los demás han muerto, unos quince, junto con toda la tripulación de la nave-escuela. Sin embargo, Trohjo llamaba a veces algunos a sus habitaciones privadas, los drogaba y…

—No sigas. Ellos olvidarán. Lo importante es que siguen viviendo. Lo hubieran pasado peor si tú no hubieses comprendido que estaban ocultos, ¿no? Dime, ¿cómo llegaron a Wanday?

—Una nave de algún país sin concretar encontró el racimo que componían sus lanchas salvavidas y los fue rescatando. Pero su sorpresa resultó enorme cuando comprendieron que eran tratados como esclavos y vendidos a Trohjo.

—¿Quién fue el vendedor?

—Lo ignoran. Siempre permanecieron encerrados, hasta que se encontraron en esa celda. —Mujande, sin duda.

—Eso pienso yo.

—El autarca de Fuernue necesitaba nutrir su flota espacial y propuso a Trohjo la venta a cambio de varias naves.

—Y Trohjo sólo cumplió parte del pago, esa nave de fuselaje rojo que nos bombardeó. Mujande debió cansarse de esperar el resto de la mercancía que debía recibir por los esclavos.

Ojorey caminó hacia nosotros. Le explicamos nuestras conclusiones y le parecieron aceptables, pero añadió:

—Yo diría que el rescate en el espacio lo efectuaron gentes del Borde, que sirvieron de intermediarios entre Fuernue y Wanday, cobraron su comisión y se retiraron, dejando el negocio sin concluir entre las dos partes.

—¿Qué hay de las averías? —pregunté.

—No tenemos otro remedio que descender. No podemos arreglarlas en el espacio. Y lo peor es que sería peligroso permanecer mucho tiempo a una altura tan escasa de mantener.

—¿Qué sugiere?

—Podríamos llegar a Fuernue en pocos minutos.

—¿No hay elección? —preguntó Jara.

—Me temo que no. Ni siquiera tenemos tiempo de sobrepasar ese país.

—Pero el autarca de Fuernue fue quien vendió a Trohjo a los cadetes —protestó Jara—. Sería como entregarlos otra vez a ese cerdo.

—Puedo hablar con Mujande y entrever por sus palabras que piensa —sonrió Ojorey—. Creo que se conformaría con alguna cantidad de dinero por dejarnos usar su astropuerto. No tendría que ver a los cadetes, que permanecerían ocultos mientras tanto. Hemos estimado que las reparaciones nos llevarían unas cinco horas, cuatro si trabajamos deprisa.

—Sigue sin gustarme bajar en Fuernue —dijo Jara.

—Mujande sólo tendría que conocer que escapamos de Trohjo —dije—. Son enemigos ahora, ¿no? Quizá él no sabía que traficaba con cadetes del Orden, ya que sus uniformes son distintos a los que debe conocer por referencias. Seguro que de haberlo sabido no se hubieran atrevido a efectuar el negocio.

—El capitán tiene razón, coronel —dijo Ojorey—. Para Mujande será un placer saber que su rival Trohjo se ha metido en un jaleo con el Orden, soñará con que intervengan ustedes y todo su poder para castigar a ese dictador amanerado. No olvidemos que Wanday y Fuernue están en guerra.

Jara se encogió de hombros.

—Si no hay otra salida…

—Mis técnicos me han asegurado que no.

—¿Cuánto tardaremos en llegar? —pregunté.

—Unos veinte minutos. —Ojorey sonrió—. No hay que inquietarse. Todo está controlado. Advertiré a Mujande de nuestra llegada. —Miró a Jara—. Coronel, ¿tiene usted autoridad para prometer compensaciones económicas al autarca de Fuernue?

—Por supuesto.

—En tal caso no diga enseguida que sí. Si le pide diez se conformará con cuatro o cinco; no olvide esa proporción.

Cuando el mercader se alejó, comenté con sorna:

—Fui un tonto al suponer que él correría con los gastos.

—Es lógico que pague el Orden Estelar, cariño.

Me quedé inmóvil. Aunque no era la primera vez que me llamaba tan íntimamente, me sonaba extraño en un lugar tan lleno de gente. Me volví para mirarla y me pregunté cómo podían ser las relaciones entre una cadete y un oficial. Quizá yo estuviera vulnerando algún reglamento sin saberlo.

—Vamos a ver cómo se encuentran tus compañeros.

Algunos sanitarios del carguero estaban cuidando a varios que habían sufrido algún que otro golpe, presentaban síntomas de desnutrición —en dos ocasiones quisieron llevar a cabo una huelga de hambre— y revisaron a las chicas para ver si los hematomas que presentaban revestían importancia o no.

Jara me presentó a un chico alto y sonriente.

—Se llama Lambar y es el jefe del grupo, titulado por el claustro.

Lo miré y no me gustó porque lo encontré atractivo. Se tomaba demasiadas familiaridades con Jara. Estreché su mano y la encontré fuerte.

—Gracias por todo, señor —dijo Lambar—. Jara nos ha contado lo que ha pasado y es fantástico. Podemos olvidar las penalidades pasadas si algún día contamos nuestra aventura a nuestros hijos.

—¿Qué hijos?

—A los que tengamos dentro de algún tiempo, ¿no? —Rió Lambar—. Claro que por el momento no me interesa la familia, sino mi carrera.

—Claro, claro —asentí coreándolo como un tonto—. Así que eres el jefe del curso. Muy interesante.

—Pero estoy dispuesto a dimitir y cederle mi cargo a Jara; ella ha demostrado que es la más capacitada de nosotros para serlo. ¡Y de qué manera! —Se llevó la mano a la frente y saludó a la chica—. Coronel, estoy a sus órdenes.

—No te burles —rió Jara—. A lo peor me mandan a un consejo de guerra por usurpación.

Se nos habían acercado otros cadetes y todos querían preguntarme cosas. Yo aproveché que estaban todos reunidos, pedí silencio y les expliqué que teníamos que hacer un aterrizaje forzoso en Fuernue, por lo que ellos permanecerían ocultos todo el tiempo que estuviéramos en aquel país.

—No se inquiete por nosotros, capitán —aseguró Lambar—. Si hay problemas, puede contar con nuestra ayuda. Sólo tiene que damos armas. ¿Cree que ese Alprey tiene un buen arsenal?

Recordé cierta sospecha mía, y dije:

—Voy a hablar con Ojorey.

Regresé al puente de mando y dije al mercader que yo tenía mis sospechas de que a bordo llevaba armas pesadas camufladas.

—Vaya, capitán. No se le va una. Efectivamente, tengo varios lanzadores láser camuflados en el fuselaje. Comprenda mi situación. No se puede ir por ahí sin ninguna defensa. Los piratas…

—De acuerdo, de acuerdo —le tranquilicé—. Sólo quiero que mis cadetes se hagan cargo de ellos a no ser que sus hombres prefieran hacerlo.

—En realidad, dispongo de pocos artilleros capacitados. Mis navegantes son mercaderes, no guerreros. ¿De verdad cree que es necesaria esa precaución?

—No estará de más. Usted me aconsejó que no me fiara de Trohjo; tampoco pienso hacerlo de Mujande.

—Hará estupendamente, señor —sonrió Ojorey.

8

Habíamos necesitado casi dos horas, después de partir de Wanday, en llegar hasta Fuernue. Eso era un tiempo excesivamente largo, teniendo en cuenta que un vehículo netamente aéreo podía hacerlo en casi la mitad: Pero un carguero tan pesado como el Megifa resultaba muy poco maniobrable dentro de la atmósfera, así que no nos podíamos quejar, además de que disponíamos de una pequeña parte de su capacidad de energía.

Descendimos en el astropuerto de Fuernue, ocupando el muelle que nos designaron desde la torre de control. Lo sorprendente para mí era que Mujande nos ofreció la colaboración de sus técnicos. Esto, en lugar de alegrarme, me dejó meditabundo.

—Mujande ha acudido desde su palacio y nos espera para darnos la bienvenida —nos informó Ojorey. Se había cambiado de túnica y estaba verdaderamente elegante con aquella púrpura y oro.

Le pregunté por la situación dentro del carguero y me aseguró que todo estaba bien, los cadetes en sus puestos y bien ocultos, pero no cesaba de rezar a sus dioses para que su preciosa nave no padeciera más.

—Ya está bastante dañada —concluyó tras un lamento—. Soy un comerciante, señor, no un mercenario.

—¿Y el sargento Blackstone?

—Es muy terco y continúa insistiendo a pesar de que le he dicho que la UNEX jamás podrá captar la llamada estando tan lejos.

—Dígale que se reúna con nosotros. Cuantos más uniformes del Orden vea el tirano Mujande, mejor —dijo Jara.

Empezamos a bajar por la rampa. Habían tendido una alfombra roja que llegaba hasta el edificio más cercano, en donde formaba una especie de guardia de honor de sólo media docena de soldados. No existía una exhibición abrumadora de fuerza. Mujande no pretendía impresionarnos.

Un oficial salió a nuestro encuentro y nos pidió cortésmente que le siguiéramos hasta donde nos esperaba su señor Mujande. Mientras caminábamos tras sus pasos escuché el rugido de un navío al despegar y luego lo vi perderse por las nubes. Era el bombardero de fuselaje rojo que ya conocíamos por desgracia, el mismo que había carbonizado mi patrullero.

—No se te ocurra presentar una protesta a Mujande, olvídate de que envió una nave a Wanday, nosotros sufrimos las consecuencias —advertí a Jara—. Lo más importante es acabar pronto aquí y largarnos cuanto antes.

—Está bien —sonrió Jara—. Sin embargo, estoy pensando que es raro que Trohjo se apresurara a enviar un mensaje de ayuda apenas me rescató y se mostró tan contento de servir al Orden, para unos días después, coincidiendo con su compra de los cadetes, desistiera de ello alegando que su transmisor era incapaz de lograr algo positivo.

—Debes dar las gracias al dios que aquellos días no avivó la hoguera del sol y las perturbaciones fueron tan escasas que no alteraron sustancialmente el mensaje y éste pudo llegar hasta la UNEX.

—Pero demasiado confuso, ¿no? Dime, Wal, si tú fueras Trohjo y realmente hubieras querido ayudarme, ¿qué habrías hecho? Y me refiero a una ayuda decente y desinteresada.

—Insistir, sin duda.

—Pues eso.

—¿Qué?

—Ojalá me equivoque y dentro de unas horas estemos en el espacio y yo pueda llamarme desconfiada, pero lo cierto es que acabo de sumar dos y dos y estoy asustada.

A semejante altura yo no podía reírme ya de la lógica de Jara. Si ella presentía algún peligro para nosotros… Lo peor era que no podíamos dar media vuelta y largarnos, aunque nos lo permitieran las condiciones del carguero. Uno no debe ir por ahí dando desaires a la gente, ¿no?

Entramos en el edificio y Mujande, un hombre alto y grande, de negrísima y poblada barba, acudió a nuestro encuentro con los brazos abiertos. Era la imagen opuesta al remilgado pero peligroso Trohjo. Yo temí que nos abrazara a cada uno. No lo hizo. Se limitó

a hacer el signo de la paz y nos invitó a pasar. No paraba de sonreír y se puso muy contento cuando aceptamos su invitación a comer.

Mujande se mostró al principio algo sorprendido por la presencia del general Millastry entre nosotros. Momentos antes habíamos decidido que debía acompañarnos, después de inventar una historia. Explicamos al autarca de Fuernue que el general había desertado, esperando que aquello le alegrara mucho si tanto odiaba a Trohjo a causa de la deuda impagada.

Mujande escuchó muy atentamente y con una ceja alzada nuestro embuste acerca de que Millastry, cansado de soportar a su amo, había aceptado emigrar a otro planeta. De pronto estalló en risas, aseguró que se alegraba mucho de que Trohjo se quedara sin sus mejores colaboradores, cosa que esperaba sucediera cualquier día, y se levantó porque las botellas habían quedado vacías.

—Yo iré personalmente a buscar más. No soy como ese Trohjo, señores, a mí me gusta llevar mis asuntos personalmente; odio los cortesanos molestos que siempre remolonean alrededor de uno. Ni me gustan los esclavos o criados.

Y se marchó en busca de más brebaje.

—Qué desfachatez —comentó Jara—. No se le cayó la cara a pedazos cuando dijo que no quería oír hablar de esclavos.

Mujande volvió enseguida con más vino y nos informó de que los navegantes del Megifa y una brigada de sus mejores obreros espaciales estaban reparando las averías. Yo temí que hiciera algún comentario, molesto para nosotros, referente a que su primera impresión de los daños sufridos se debía a que habíamos recibido el impacto de un misil.

Una hora después, pasada en animada conversación en la que Mujande se interesó mucho por el Orden Estelar, me disculpé y salí al exterior. Quería asegurarme de que los trabajos en la nave llevaban buen ritmo. No necesité acercarme a ella para comprobar que era así. Iba a dar media vuelta cuando descubrí que del otro extremo del campo llegaban varios vehículos con material. No había duda alguna de que Mujande se había volcado con nosotros.

Apenas retomé a la habitación, el tirano me miró y preguntó con una sonrisa amplia:

—¿Todo marcha bien, capitán?

—Perfectamente. Creo que terminaremos antes de lo previsto,

Ojorey.

—Es una lástima que no puedan permanecer más tiempo como invitados míos, pero confío en que las visitas que me hagan los honorables miembros del Orden sean más frecuentes.

—Lamentablemente, nuestra actividad es muy escasa en este sector, señor —dijo Jara.

Después de la sobremesa, Mujande nos invitó a admirar su ciudad desde la terraza, cogió a Jara de un brazo y la condujo hasta la balaustrada, y estuvieron allí hablando sin cesar. Cuando pude pregunté a la chica por el tema de aquella conversación tan animada.

—Me habló de su país. Es un buen propagandista de sí mismo —rió Jara—. Seguro que no es verdad ni la décima parte de lo que ha dicho. Ah, entre frase y frase no ha dejado de piropearme. Es un tipo muy galante.

—¿No desconfías de él?

—Es una serpiente venenosa, Wal —dijo, de pronto se puso seria y percibí que se estremecía—. Trama algo, no lo sé, pero seguro que por su mente retorcida pasa algo sucio y lo saborea.

Traté de sacar ante Mujande el tema del pago de la factura. No hubo manera. Mujande parecía ofenderse ante ello y lo zanjaba dando un manotazo en el aire y cambiando de conversación.

Se ausentó dos o tres veces, siempre diciendo que quería asegurarse de que los trabajos en el carguero iban bien. En una ocasión Ojorey lo acompañó y volvió risueño.

—Antes de una hora todo estará terminado —me aseguró.

—Tantas facilidades me preocupan —contesté.

Escuchamos que un navío descendía en el astropuerto, pero donde estábamos nos impedía verlo.

Mujande nos dijo que debía tratarse de una de sus naves que regresaba de patrullar los cielos.

—Estamos tirantes con Wanday —añadió.

—Lo sabemos —dijo Jara, rompiendo el pacto y tocando un tema que habíamos acordado no mencionar—. ¿Por qué una de sus naves de guerra ataco Wanday?

Mujande sonrió y echó a tras la cabeza, nos estudió durante un instante y dijo retrocediendo unos pasos, hasta que sus anchas espaldas tocaron la puerta que conducía al salón:

—Porque así lo acordé con Trohjo, señorita.

—¿Lo acordó? ¿Trohjo conocía de antemano el ataque? —preguntó Jara.

—La hora y el minuto exactos —rió Mujande.

—Fue la misma nave roja que vimos despegar cuando llegamos, ¿verdad? —dije—. Con la que Trohjo satisfizo parte de su deuda con usted.

Mujande asintió con la cabeza y su melena negra sufrió una sacudida.

Hasta el sargento comprendió que Mujande había mostrado al fin su juego e intentó sacar su láser, pero yo le contuve con un gesto porque había visto que en el salón entraba un pelotón de soldados de Fuernue y nos apuntaban con sus armas.

Detrás de la tropa apareció Trohjo y su entrada en la terraza produjo tal pánico en Millastry que se desplomó al suelo y allí quedó, gimoteando.

Trohjo lucía su atuendo más aparatoso y su maquillaje era radiante, adecuado para su momento de triunfo. Se situó al lado de Mujande y ambos nos contemplaron sonrientes.

9

Un soldado nos desarmó a todos y quedamos inermes ante aquella pareja tan diferente.

—Confieso que no podía imaginarme que estuvieran aliados —manifestó Ojorey, que me sorprendió al tomarse aquella situación con tanta serenidad.

—La vida encierra a veces muchas sorpresas, querido mercader —dijo Trohjo. Echó una mirada de desprecio al general—. Para este sapo tengo que pensar algo muy especial, una muerte que le haga maldecir el día que su madre lo abortó.

—¿Y respecto a nosotros, Trohjo, qué piensa hacer? —preguntó Ojorey.

El autarca de Wanday caminó unos pasos hacia Jara, pero ante la actitud defensiva de ella se detuvo y luego retrocedió hasta donde estaba su compinche.

—La chica me la reservo para mí, es obvio.

—No, Trohjo —dijo Mujande—. Ella se queda conmigo. Tú recobrarás tus esclavos y te divertirás con ellos, pero acordamos cuando te envié el mensaje diciéndote que tenía aquí a los fugitivos, que esa coronel de pacotilla se encargará de divertirme por las noches, hasta que me canse y la regale a mis oficiales.

—No discutamos ahora, mi querido amigo.

—¿No creen que están arriesgando mucho disponiendo de las vidas de dos docenas de personas por las que el Orden Estelar sería capaz de vulnerar todos sus reglamentos y arrasar sus dos países? —preguntó Ojorey.

Ambos tiranos le respondieron con carcajadas.

—Ellos piensan que tienen todos los triunfos en sus manos, Ojorey —dije.

—Así es —asintió Mujande—. El Orden jamás sabrá nada.

Jara puso los brazos en jarras y explicó a Ojorey:

—Cuando me rescataron de la lancha salvavidas, Trohjo creyó que yo era un coronel y no perdió un segundo en lanzar un mensaje al espacio. Entonces pensó en una recompensa, nada más. Sin embargo, días después recibió una oferta de compra de su amigo Mujande. Le proponía un lote de jóvenes humanos a cambio de varias naves de guerra. No tenía dinero para hacer el negocio con los mercaderes y temía que otro país vecino le atacara.

»Trohjo, nada más recibir secretamente en su palacio a mis compañeros rescatados por los esclavistas del Borde, que se marcharon apenas cobraron su comisión, comprendió que yo no podía ser quien había dicho que era tras interrogar a sus nuevos esclavos.

»De todos modos ya había lanzado la demanda de ayuda y temió que se presentara una UNEX reclamándome. No me tocó un solo cabello durante varias semanas, pero cuando llegó el capitán Holt comprendió que el Orden nada sabía en concreto y jamás sospecharía que él tenía en su poder a los supervivientes de la nave Ontario.

»Pero tenía que impedir que yo me marchara y pidió a su amigo Mujande que enviara la nave que acababa de cederle y bombardeara el astropuerto, justo el lugar donde estaba el patrullero. Después de eso sólo tenía que divertirse un poco, y le gustó tanto la comedia que no impidió que nosotros llamáramos a Ojorey. Quería alargar su diversión privada. ¿Me equivoco, Trohjo?

—Casi nada —sonrió el tirano—. Para esa noche yo tenía preparada una gran sorpresa: mostrar a mis generales y cortesanos todos mis nuevos esclavos y les ayudó a escapar. Afortunadamente ordené que fueran a buscarlos y me enteré a tiempo para ordenar que las baterías les disparasen, aunque los misiles no consiguieron impedirles huir.

»Ya les creía perdidos cuando recibí el aviso de mi amigo Mujande diciéndome que los retenía aquí hasta que yo llegase. Han sido muy desafortunados eligiendo Fuernue para hacer la reparación.

—Bien, es hora de movernos —dijo Mujande—. Hagamos salir del Meginfa a todos.

—Mi carguero tiene armas, señores —dijo Ojorey—. Sus lanzadores apuntan este edificio, y sus servidores, los cadetes, no

dudarán un segundo en dispararlos si comprenden que nosotros hemos caído en una encerrona.

—Es la verdad —dije—. Ellos tienen órdenes de no escucharles. Si no nos dejan salir todos volaremos.

Mis palabras no parecieron impresionarles, y ante mi sorpresa, Mujande dijo:

—En tal caso será lamentable que una carga tan valiosa se pierda —miró a Trohjo—. Lo siento por ti, mi querido amigo, pero había sospechado algo parecido y mi bombardero, el mismo que me diste como parte del pago, sobrevuela el campo. Sólo tengo que enviarle un mensaje para que destruya el carguero. Esos idiotas que manejan los lanzadores no se darán ni cuenta de que mueren.

Jara lanzó una maldición y se dedicó a insultar a los dos autarcas.

—Si no hay otro remedio… —suspiró Trohjo—. Es una pena, pero será así si usted, capitán, no convence a los cadetes para que se rindan. Claro que será difícil hacer esto, porque podría aprovechar para decirles que disparen antes de que lo haga el navío que los está vigilando. ¿Cómo podríamos resolver este problema?

—Si pierdes a tus esclavos, nuestra deuda quedará zanjada con el pago de la nave, Trohjo —dijo Mujande.

A Trohjo no le pareció justa la propuesta.

—¿Una nave por sólo esa chica? —señaló con desprecio a Jara.

—Vamos, no disimules —rió Mujande—. Sé que has tenido que contenerte para no llevártela a la cama desde que supiste que sólo era una cadete. Además, yo no esperaba que esto terminara así y mis hombres han trabajado duro para reparar el carguero. Si hubiera sabido que estaba armado e iba a acabar hecho añicos no me habría molestado.

El sargento alzó una mano para pedir atención y todos los miramos. Jara y yo los más sorprendidos porque lo conocíamos. Horace era muy tímido a la hora de hablar ante mucha gente.

—Señores, creo que es el momento que sepan que la UNEX llegará aquí de un momento a otro.

Trohjo soltó una carcajada y tranquilizó a Mujande.

—Bah, no le hagas caso. Ese gigantón tiene el cerebro de un mosquito. Su ardid para asustarnos no podría ser más infantil. Es como si nos dijera que mil soldados del Orden están entrando en

este edificio.

—Pues es lo que ocurrirá si no deponen sus armas y se rinden —insistió el sargento y su actitud me pareció patética. Pero le veía tan seguro de sí mismo que empecé a sospechar que había perdido el juicio. Se volvió hacia mí y me dijo muy enfadado—: Es la verdad, jefe. Yo contacté con el Argasol cuando descendíamos.

—Es imposible —dijo Mujande—. Mis técnicos me aseguraron que las averías que sufría el carguero le impedían usar a plena fuerza el transmisor. Sus llamadas no podían ir más allá de los quinientos mil kilómetros.

—Pero es que la UNEX estaba a menos de diez mil kilómetros, exactamente al otro lado de este planeta —replicó Horace—. Por eso recibieron mi llamada. El comandante Bristol tomó nota de la situación de Fuernue y me prometió que estaría aquí antes de cuatro horas.

Yo quería creerle, pero me resistía a ello porque sabía que Bristol jamás abandonaría su posición por un capricho. ¿Por qué motivo iba a venir? Aunque hubiera conocido el desastre del Ontario no podía saber que parte de los cadetes estaban en Byca, por la simple razón de que el mensaje que recibiera de Trohjo dos meses antes no estaba claro y nadie entendió que el tirano tenía a uno que se hacía pasar por coronel.

—Déjese de tonterías, sargento —dije—. Ellos no le creen.

El sargento se encogió de hombros. Tras alzar un momento la mirada al cielo, dijo:

—Bueno, supongo que podrán molestarse y mirar arriba, ¿no?

Si miramos fue porque una gran sombra empezó a cernirse sobre nosotros.

Una UNEX proyecta una sombra enorme cuando desciende, y aquella esfera de metal que vi ocultando el sol fue lo más agradable que nunca he presenciado en mi vida.

Me abracé a Jara y la besé, riendo a carcajadas, tal vez provocadas ante los gestos de incredulidad de los dos autarcas.

Aunque de buena gana el comandante Bristol hubiera actuado con dureza, no vulneró nuestras normas y obró dentro de la más estricta legalidad.

La amenazadora nave de fuselaje rojo se esfumó rápidamente ante la sobrecogedora presencia de la UNEX y todos los soldados de

Mujande arrojaron sus armas. Los dos tiranos se mostraron sumisos y al final debieron sentirse muy contentos al saber que no iban a ser enviados a la justicia terrestre y condenados. El Orden no poseía jurisdicción allí y no se podía demostrar ningún delito de sangre, excepto bastantes faltas de convivencia y hospitalidad.

Bristol, no obstante, se conformó con desmantelar casi la totalidad del armamento ofensivo de los dos países, dispuso la partida de Byca y agradeció personalmente a Ojorey su colaboración. Le pidió, como un favor más, que trasladara al general Millastry a algún mundo, el que eligiera, donde pudiera encontrar una ocupación que le permitiera seguir usando su rutilante uniforme, como por ejemplo de portero o conserje de algún hotel de costumbres atávicas.

Millastry, después de haberse considerado perdido, se dio por contento con salvar la vida y no protestó lo más mínimo al comprender que no iba a lucir el uniforme negro y plata.

Habíamos estado bastante ocupados y hasta que la UNEX no se encontró lejos de los mundos de la Regencia, Bristol no pudo dedicarme unos minutos de su tiempo. Me llamó a su despacho y yo acudí pensando que iba a felicitarme.

Sí, hubo alguna felicitación, pero no tan grande como hubiera deseado. Creo que Bristol puso en la balanza mis cualidades y mis defectos y decidió al final, sintiéndose muy magnánimo:

—Voy a borrar de su historial esas faltillas, capitán, y también las del sargento.

—Gracias, señor —dije algo desilusionado, pero contento al fin y al cabo—. Siento mucha curiosidad por saber cómo usted decidió viajar hasta Byca, rompiendo las instrucciones que tenía de permanecer en su posición.

Bristol enrojeció mucho y emitió una tos.

—Bueno, ya sabe que estaba esperando al Ontario porque tenía dificultades para proseguir su viaje de estudios, con todos esos cadetes a bordo. —Bristol hizo un gesto vago y agregó—: Tenía que hacerme cargo de la tripulación, de los chicos, aunque lamentablemente solo se salvaran bastantes de estos últimos y…

Sospeché que el comandante había incurrido en alguna falta y le cerqué.

—¿Por qué fue a Byca, señor? Por supuesto que me alegro

mucho de ello, pues sin su espectacular aparición lo hubiéramos pasado muy mal.

Sin mirarme, Bristol explicó:

—Después de salir usted de Perfidia, mis técnicos lograron reconstruir el mensaje de Trohjo y pude leerlo en su totalidad. Me enteré de que… Bien, de que tenía a una chica de tales características que ostentaba el grado de coronel. Yo sospeché que era uno de los cadetes y ordené que nos pusiéramos en marcha.

Me desilusionó su respuesta. Su decisión de ir a Byca no encerraba, a mi entender, nada censurable. Sólo se le podía acusar de ser demasiado intuitivo y no dejar que yo, estando en Wanday, me hiciera cargo del náufrago. El comandante, demonios, no podía sospechar que Trohjo pretendiera tendernos una trampa ni tampoco que hubiera más supervivientes. En lugar de sorprenderme su sagacidad me había despertado las sospechas de que había algo raro en el asunto.

—Tengo una misión para usted, capitán —dijo el comandante, como si deseara que yo volviera a desaparecer lo antes posible de la UNEX—. Tomará el mando de un crucero del Argasol y llevará a los cadetes a nuestra base de

Vega-Lira

. Yo tengo que trasladarme a otro lugar de la galaxia. Son órdenes de la Tierra.

Esto estaba mejor. Si me hacía cargo de un crucero, a pesar de que sólo fuera para llevar a los chicos, significaba un ascenso para mí, aunque sería provisional. Además, me alegraba porque Jara y yo estaríamos juntos unos días más.

—El crucero está siendo preparado, capitán. Quiero que parta dentro de cinco horas, apenas descansen un poco los cadetes.

—Sí, comandante. A sus órdenes.

En aquel momento, cuando iba a marcharme, entró Jara. Llevaba un uniforme nuevo de cadete y dentro de él la encontré más bonita que nunca. Pero mi sorpresa fue mayúscula cuando dejó la maleta en el suelo y se abrazó a Bristol, a quien besó varias veces en las mejillas. Ella me observó de reojo y sonrió.

Cuando se separaron, Bristol se recompuso su guerrera, carraspeó y dijo:

—No quiero que tenga ningún trato especial con Jara, capitán.

—¿Trato especial? ¿Qué quiere decir? —pregunté sin entender nada.

—Papá quiere decirle, capitán, que no porque yo sea su hija usted debe tratarme de forma diferente que a los demás cadetes. ¿Vamos? Quiero echar un vistazo al crucero y al camarote.

Saludé a Bristol y salí con ella. En el pasillo la sujeté de un brazo y la hice qué se volviera hacia mí y me mirase a los ojos.

—¿Es que no se acabarán nunca tus mentiras?

Jara soltó la maleta otra vez y puso sus manos en las caderas.

—¿Qué mentira hay ahora? Además, ¿qué importancia tiene para ti que Bristol sea mi padre? ¿Eso cambia las cosas entre nosotros? Me llamo
Jara-Karelle
Bristol. ¿Y qué?

—¿Pero es que entre nosotros puede haber algo Chica?, ahora comprendo que tu papá abandonara su posición y corriera a Byca, cuando supo que la coronel era su hija. Ah, si lo hubiera sabido hace unos minutos.

—¿Es qué habrías chantajeado a mi padre?

—Claro que sí.

—Es indigno en ti…

La tomé por la cintura y recogí su maleta. Si algún tripulante de la UNEX nos hubiera visto no comprendería cómo un oficial se comportaba como un asistente para un cadete, eso sí, muy bonita.

—Habría amenazado a tu padre si no me hubiera elegido para llevarte a la Tierra, preciosa.

—¿Y cuándo estemos allí?

—No nos preocupemos. El viaje será largo, con muchas escalas.

Nos reímos, y yo, sin dejar de hacerlo, me pregunté, una vez más, cómo terminaría aquel asunto.

FIN



ALEX TOWERS (Cádiz, España, 1940), es el seudónimo utilizado por Ángel Torres Quesada, es un escritor español. Estudió Comercio. Utilizó este seudónimo para desarrollar bajo este nombre una de las sagas más importantes de ciencia ficción publicadas en España, la *Saga del Orden Estelar*, junto con la *Saga de los Aznar* de Pascual Enguindanos (
G. H. White
).

Empezó a publicar en 1963, novelas de «serie B», siendo *Un mundo llamado Badoom* su primera obra, dentro de la colección *Luchadores del Espacio*.

En los años 70 dio el salto a la literatura «seria» de ciencia ficción con *La Trilogía de los Dioses*, *La Trilogía de las Islas*, *Las Grietas del Tiempo*, *Los Sicarios de Dios* o *Los Vientos del Olvido*, una de sus mejores novelas, que resultó profética por retratar siete años antes de los atentados del 11 S la situación política actual sobre las políticas antiterroristas que practicó la administración Bush. Hoy en día es uno de los clásicos indiscutibles, junto con Domingo Santos y Carlos Saiz.

Ganó el premio UPC en 1991 por *El círculo de piedra* y el premio Gabriel en 2004 (modalidad del Ignotus a la labor dentro del campo de la ciencia ficción, es decir, es un premio honorífico).